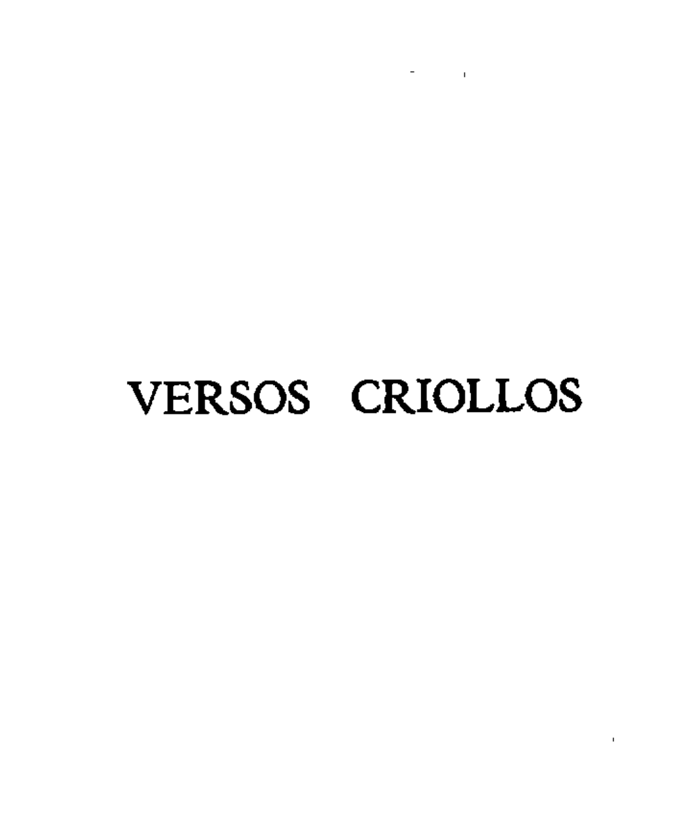


VERSOS CRIOLLOS



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 57

ELÍAS REGULES

VERSOS CRIOLLOS

Preparación del texto a cargo de
JOSÉ PEDRO BARRÁN Y BENJAMÍN NAHUM

ELIAS REGULES

VERSOS CRIOLLOS

Prólogo de

LAURO AYESTARAN

MONTEVIDEO
1965


BIBLIOTECA NAC
MONTEVIDEO

PROLOGO

A los 28 años de la aparición en 1894 de los "Versitos criollos", Elías Regules lanzó en 1922 la séptima edición de esta obra, ahora con el título adulto que había adoptado a partir de 1900: *Versos criollos*[1] Fue la última que corrigió en vida y su tiraje, como el de las anteriores, no fue abundante: según información de sus familiares no pasó de los mil ejemplares. Recuérdese que la primera parte del *Martín Fierro* alcanzó en los seis primeros años once ediciones con un total de cuarenta y ocho mil ejemplares. Agreguemos en el caso de Regules las veces que fueron transcritos sus versos en periódicos, hojas sueltas y antologías, y sobre todo, copiados laboriosamente en los vetustos cuadernos familiares de tapas de hule con aquellas inverosímiles tintas violetas. Aún así no se explica, por la vía escrita, la socializada extensión de sus poesías. Una de ellas, "Mi tapera", llegó a ser —y acaso aún es— la más recordada poesía del Uruguay. La más recordada, digamos de paso, quiere decir la que más se extiende en la memoria de un pueblo. Nada más.

Es que un segundo mecanismo se había puesto en funcionamiento para fijar en la memoria de la colectividad los renglones de Regules. Era un viejo mecanismo mucho más antiguo y consagrado que la invención de la escritura sobre la faz de la tierra; y mucho más poderoso que ella aún hoy: la trasmisión oral. Creo que todos los orientales, *oímos* pri-

mero las décimas de "Mi tapera" y luego, un día, las *vimos* escritas.

A ello se agrega que esa trasmisión oral venía robustecida por otros mecanismos: a veces nos llegaba acompañada en el tono de un Estilo o Triste, con que se cantaba a la guitarra en los albores de este siglo. En ese caso, la rigurosidad en la trasmisión era perfecta y se respetaba "la santidad" del texto original. La música acompaña la fonética —el color cantante de las palabras, su matiz sonoro más acabado y recóndito — aún más que su intención ideológica: como si la letra comentara la música y no ésta a aquélla.

Pero, ¿por qué este mecanismo había funcionado en los versos de Regules y no, más arriba, en los de Julio Herrera y Reissig o, más abajo, en los de Guzmán Papini, coetáneos suyos?

Si esto se llegara a saber y se pudiera sistematizar y aplicar para casos futuros, se aseguraría la relativa inmortalidad de toda poesía. Cualquier explicación que se dé —"tocó las fibras entrañables de su pueblo", "habló con sencillez y en sentido recto", etc.— sería vana redundancia: adivinar lo que ya se sabe que ocurrió. Además, el autor de un prólogo no es un augur: se supone que es apenas un hombre que constata hechos, esclarece zonas oscuras, deja en la oscuridad lo que corresponde que quede en el misterio inefable de la creación literaria y, por supuesto, levanta un pedestal adecuado para que todos puedan ver sin distorsiones la obra que critica.

Y la obra poética de Regules se puede estudiar en tres planos: el artístico, el de su resonancia popular y otro, en fin, el de su paso a la supervivencia folklórica. Desde luego que estos tres planos sufren la intersección de un cuarto plano: el de la doctrina

del "tradicionalismo", creada por él en forma institucional en toda América al fundar en 1894 la "Sociedad Criolla", modelo progenitor de los centenares de entidades tradicionalistas que abundan hoy en nuestro continente.

* * *

En el plano estrictamente artístico, si aplicamos un juicio de valor de acuerdo con los supuestos de la cultura occidental, la mayor parte de sus *Versos criollos* y, desde luego sus obras teatrales, no soportan una riesgosa pulsación crítica. Sin embargo, hay una página completa, acabadamente tersa, en justo tiempo poético, "Mi tapera", y algunas estrofas de otras poesías, dignas de la pluma más rigurosa en los menesteres sagrados y laboriosos del arte. Un compositor, Eduardo Fabini, con segura intuición poética, aisló una sola décima de "Despedida" — en la edición príncipe titulada "Trovas" — y dio una de las páginas perfectas de la música uruguaya para canto y piano bajo el nombre de *Triste*[2]. Es aquella que dice:

"Yo también puedo tener
de afectos el alma llena,
que donde vive una pena
puede brotar un placer.
Pues en todo hay, a mi ver,
dulzura con esplendor:
el tigre tiene su amor,
su cariño la paloma,
la rosa brinda su aroma,
y hasta el cardo tiene flor."

Otro tanto hizo en la obra coral *El arroyo descuidado* donde Fabini recordó únicamente la segunda

décima del recitado de la obra teatral *Los guachitos* incorporado luego a sus *Versos criollos* [3].

Este era el mejor Regules: el de la entonación lírica, menor a veces y casi familiar, pero con la gracia segura y leve del canto. En otras páginas abunda la retórica y el lugar común. Funcionan, eso sí, pero como un órgano especial, no literario, que satisface otras apetencias: no las puramente estéticas.

Es curioso e importante — se me ocurre — observar con respecto a su calidad poética y a la resonancia popular de sus versos, cómo ambas alcanzan sus cifras más altas en las poesías no dialectales o mejor aún, no regionales. Aunque parezca extraño, estas últimas son las menos populares y las más débiles: representan apenas un 10 % de sus *Versos criollos.*

Es que Regules se ubica en el segundo período en la historia de la poesía gauchesca. Ello nos impone una reiteración de las observaciones que estampamos en 1951 en el prólogo de nuestro libro *La primitiva poesía gauchesca en el Uruguay* [4]. Vamos a volver sobre ellas.

Pongámosnos de acuerdo sobre un punto: la poesía gauchesca no es la poesía de los gauchos. Es la sorprendente alquimia literaria de un grupo de escritores que fragua uno de los cuerpos orgánicos más diferenciados y originales de la literatura de las tres Américas en el siglo XIX. "Los diálogos de Hidalgo y de sus imitadores, no tenían un fin poético propiamente dicho — escribió Marcelino Menéndez y Pelayo — pero no puede negarse que fueron el germen de esa peculiar literatura *gauchesca,* que libre luego de la intención del momento, ha producido las obras más originales de la literatura sudamericana". Y Menéndez y Pelayo sabía con los bueyes que araba en estos

menesteres críticos sobre la literatura hispánica de todos los tiempos.

Una razón de dialéctica política preside esta literatura augural gauchesca. La origina y preside después de 1810. Tiene que hablarle al hombre de la campaña para atraerlo a la causa de la independencia en los primeros tiempos y escoge un tipo diferenciado: el gaucho. Se sustituye por él. Mas, no conviene seguir adelante sin aclarar previamente que el poeta gauchesco no es un gaucho. Incluso su experiencia anecdótica del hecho gauchesco no es muy rica. Aunque parezca extraño, esto es lo normal desde el punto de vista estético. En cuanto a los fines puramente artísticos, la experiencia es de distinto orden: está más en la sustancia que en el accidente, y convengamos en que la sustancia está dada en las esencias más intransferibles, por la ceñida precisión de estilo que no deja paso a divagaciones pretendidamente "literarias" o, mejor dicho, retóricas.

Y esto fue lo que se le pasó por alto a Emilio Coni en su serio y despiadado libro [5] contra el gaucho cuando objetó, desde Hidalgo hasta Hernández, pasando por Ascasubi y Estanislao del Campo, la falta de veteranía de todos ellos en cosas de campo, sus equivocaciones en faenas campesinas, en pelajes de caballos o en el conocimiento de los secretos resortes que diferencian al "baqueano" del "maturrango".

Decíamos que la funcionalidad ceñida de esta poesía era su rasgo más acusado. No fue una preocupación retórica la que movió a Hidalgo, a Manuel Araúcho o a Ascasubi, a redactar sus cielitos, medias-cañas o décimas. Fue una fulminante necesidad de expresión. El hecho artístico se les dio por añadidura (pero no por azar) en el ajuste estricto de todos los resortes

estilísticos. Todos ellos eran escritores de estirpe; con una naturalidad pasmosa dieron en el blanco de la poesía.

Y esta poesía tiene, además, varios caracteres comunes que conviene examinar pausadamente, porque algunos de ellos se van a repetir en el caso de Elías Regules.

Cuando el "estilo gauchesco" nace después de 1810, su éxito fulminante lo transforma en una afiladísima arma dialéctica que pasa por distintas manos y colores, pero que sigue fiel a su destino de expresividad del mundo circundante de la hora. Es patriota hasta el éxodo del pueblo oriental; posteriormente la Banda Oriental se halla sojuzgada alternativamente por portugueses y brasileños y aparece entonces, en una hoja impresa, una de las piezas más espléndidas de esta literatura: el *Cielito del Blandengue retirado* del que extractamos sus estrofas pertinentes:

..."No me vengan con embrollas
De patria ni montonera,
que para matarse al ñudo
le sobra tiempo a cualquiera"...

..."Cielito, cielo que sí
Cielito de Canelones
Que Patria ni que Carancho
Han de querer los ladrones"...

..."Cuatro bacas hei juntado
A juerza de trabajar,
Y agora que están gordas
Ya me las quieren robar..."

..."Cielito, cielo que sí,
Oye cielo mis razones
Para amolar á los sonsos
Son estas regoluciones"

(Documentos Históricos 1821-1823. Biblioteca Nacional de Montevideo.)

En la década 1830-1840, se transforma en vara rectora de una justicia distributiva contra los malos políticos que se han enriquecido con la patria naciente, contra los oportunistas, contra los banqueros, contra los periodistas más o menos venales o "papeleros":

> ..."Venda aunque fuere a su patria
> En cambio de un carachá
> Que después todo se olvida,
> Y de ella será fiscal.
> Cielito, cielo, cielito
> Cielito viva la gente
> Que tiene con tuito el mundo
> Un empleo permanente"... [4]
>
> ..."Maniale duro no más
> Hasta que muestren el cebo,
> Que con los rechupetones
> Que á la pobre Patria dieron,
> les ha cresido la panza
> Como le crese á los cerdos"... [7]

Al estallar la Guerra Grande en 1843, esta poesía alcanza su tensión máxima y con ella se cierra su primer período fundacional. Es el momento en que Hilario Ascasubi, que hacía ya diez años que se hallaba en Montevideo, encarna al Gobierno de la Defensa. Varios anónimos justifican literariamente al Gobierno del Cerrito que, en el mismo tono, responde a las andanadas del gran poeta cordobés [8].

Esta es, pues la línea conceptual — "gauchi-patriótica" entre 1810 y 1820 y "gauchi-política" entre 1820 y 1851 — que sigue sinuosa y estrechamente la poesía gauchesca en el Uruguay durante la primera mitad del siglo XIX.

Se ha repetido insistentemente que la poesía gauchesca es anti-pueblerina. Conviene precisar el tér-

mino de "pueblero" que casi siempre está representado en este cuerpo literario, por el "doctor", o mejor aún, el político que maneja desde su tranquilo bufete o en las antesalas de las convenciones de paz, los hilos invisibles de la lucha. Convengamos en que éstos no son la más limpia representación de los centros poblados. Ahora que el hombre normal de pueblo, lo conoce profundamente — como que vive al lado suyo — lo cual explica que el poeta gauchesco, que es un pueblero, no sea precisamente un tránsfuga. En realidad "el pueblero", como "el gaucho", no son dos paradigmas un tanto gruesos que expresan dos políticas con todas las miserias y grandezas inherentes. Hilario Ascasubi nos va a exponer en 1833 en Montevideo con una espléndida claridad esta teoría:

> ..."Así de la paisanada
> los puebleros con razon
> suelen reirse, porque saben
> que los gauchos siempre son
> los pavos que en las custiones
> quedan con la panza al sol;
> y el que por fortuna escapa
> de cair en el pericon
> después de sacrificarse
> saca un pan como una flor
> cuando tiene por desgracia
> de arrimarse a un figuron"... *

Admirable anticipo, en el orden literario, de lo que casi cien años más tarde van a decirnos, a través de su teatro, Ernesto Herrera o Justino Zavala Muniz.

Y esta diatriba contra el mal político se torna más directa y acerba aún contra el extranjero interventor que quiere resolver en pocos días y muchas presiones y antesalas el conflicto de la Guerra Grande. Oigamos al mismo Ascasubi su interpretación gauchesca

del diplomático inglés Lord Howden quien, en 1847, casi resuelve la paz en favor de Oribe:

> ..."Como *apareao* al invierno
> ha *caido* por esta tierra
> un *Loro* de Ingalaterra
> ¡mozo lindo para yerno!
> Hombre *Loro* tratador
> que en el Río de la Plata
> trató con *Loro* Batata [Oribe]
> y el *Loro Restaurador*. [Rosas]
> Y como tengo mis dudas
> de cómo se llama el hombre,
> pues no estoy cierto si el nombre
> es don *Júden* o don Judas"...[10]

Mas, entremos en los otros caracteres de esta poesía, que tocan de cerca el problema estrictamente literario de ella.

La casi totalidad de las composiciones se hallan cortadas con el patrón del verso octosílabo que las entronca con la más pura tradición hispánica del Siglo de Oro. La naturalidad plástica de este verso de ocho sílabas, que corre con la fluidez de la palabra cotidiana pero con la gracia del canto, no es solución caprichosa, sino que obra como un resorte central dentro de esa maquinaria poética. Es el metro natural de la lengua española. El empleo del endecasílabo, por ejemplo, presupone un refinamiento, incluso una tensión lírica y espiritual, distinta de las horas cálidas y cambiantes en que vive esa poesía. Por ello, salvo en aquellas piezas en que la frase musical de la danza —una Media Caña o una Refalosa, por ejemplo— obliga a extender o a acortar el número de sílabas para llenar las percusiones del ritmo sonoro, en todo el resto reina, soberano, el renglón octosílabo. Así lo veremos muchos años más tarde en



Elías Regules. Y este octosílabo se organiza en dos principios estróficos: el romance y la décima: el primero de ellos engendra una variante métrica criolla: el Cielito; la segunda se presenta, a veces, bajo la forma de Trovo o Glosa. La décima simple es hoy la estrofa más socializada del folklore lírico musical uruguayo y fue implantada decididamente por esta generación de escritores gauchescos de los albores del siglo XIX. Actualmente se entona con melodía de Estilo, Milonga campesina o Cifra y sirve de fundamento constante para la Payada de Contrapunto.

Entre los caracteres expresivos de la primitiva poesía gauchesca y fuera de su contenido dialéctico de arma de combate, cabe destacar dos o tres direcciones que tocan más de cerca la calidad sustancial de esta literatura.

En primer término: es un verbo poético conjugado en tiempo presente. Nace al calor del día y vive en su hora más luminosa y asoleada. Ausente de la nostalgia de lo pretérito, esta literatura se diferencia claramente de la posterior gauchesca — Hernández, Lussich, Regules — la cual va a deleitarse, justamente, con el recuerdo de épocas pasadas. No rememora hazañas; las vive en ese momento y, por ello, quizás, no les da esa trascendencia resonante con que el recuerdo las transfigura. La muerte vigilante, el suplicio, la guerra, son accidentes inevitables y cotidianos que rondan al poeta. El, apenas subraya con un humor agrio o un sombrío gracejo, estos acaecimientos. La valentía y el miedo no son cualidades afirmativas o negativas sino lisos y cambiantes estados de ánimo. Es fineza sicológica pensar que para ser valiente hay que tener miedo. Desde luego que hay que superar este último estado y en ello estriba

el punto de la valentía. Quien no siente miedo es simplemente un inconsciente; a veces un irresponsable. Hay una pieza admirable en ese sentido: Manuel Oribe anuncia, con varios días de anticipación, que el 25 de agosto de 1843 asaltará Montevideo con dieciocho mil hombres y cuarenta piezas de artillería. Hilario Ascasubi, desde la plaza sitiada, no puede resistir más la impaciencia de ese ataque que, presumiblemente, habría de liquidar al Gobierno de la Defensa, y le sale al paso con cuatro décimas como para quebrar el suspenso y decidir al sitiador a la acción:

...“Pero amigo don Ciriaco
usté solo se ha *guasquiao*
pues *naides* le ha preguntao
si está en *carnes* o está *flaco*,
Con *diez y ocho mil* y el *naco*
de los cuarenta cañones
nos sacan a pescozones;
¡qué diablos se anda empacando!
¿ó sigue siempre esperando
el verano y los melones?
Con seis mil de gente e infantes
toda tropa *violinista*
¡el demonio que resista
y la burra que lo aguante!
Atropelle y al instante
verá aónde vamos á dar:
¿á qué nos quiere asustar?
¿no es mejor de que mansitos
nos *agarre* a toditos,
y nos mande *aserruchar*”... [11]

Años más tarde, cuando en 1872 publicó en París sus obras completas, recordando esta circunstancia, al reproducir la composición precedente, anotó lo que sigue: “Con tan terrible amenaza se asustaron todos los sitiados; y el Gaucho [Ascasubi] más asustado

que ninguno, apenas atinó a cantar los versos siguientes que dedicó al presidente legal, antes del ataque". [12]

La gracia corre, además, a tubo suelto en este iluminado cuadro de la poesía gauchesca. Una gracia sana y pimpante que está latiendo hasta en el empleo del documento escatológico, esa "mala palabra", que suena con una limpieza trascendida por su misma necesidad de irrupción. Es apenas una interjección. La imagen vuela con velocidad fantástica desde la más refinada intención hasta el más grueso epíteto. La felicidad en la observación directa, la graficidad de la imagen, se revelan en todas y cada una de estas poesías: tiernamente amistosa, sombría y sentenciosa, graciosa o vigorosamente colorida.

Otra peculiaridad definida de la primitiva poesía gauchesca finca en el hecho de que el paisaje está ceñido a la dimensión física y espiritual del hombre. El paisaje es estúpido: ciego, sordo y mudo. Sólo el hombre lo hace hablar. La escala humana se halla siempre presente: no hay descripción que no esté sometida naturalmente a una funcionalidad estricta dentro del poema. Al describir la batalla de Carpintería en 1836, oiremos esta feliz acotación plástica:

...¿No han visto cuando hace el viento
Sobre un trigal una raya
Que se dueblan á la furia
Las espigas en batalla?
Pues ansí los milicianos
Se metieron al fandango
Sin desmentir de la fila
La pisada de un chimango"... [13]

Decíamos que una característica definida de todo este movimiento reside en el hecho de su organicidad

compacta. Tiene algo de la coparticipación colectiva de numerosos escritores en una sola obra; incluso los nombres de los personajes —Chano, por ejemplo, o Contreras— pasan de mano en mano: los inaugura Hidalgo y los recoge Ascasubi. Pero hay más: años más tarde, "Anastasio el Pollo" de Estanislao del Campo es el filial homenaje al progenitor "Aniceto el Gallo" de Ascasubi.

El estilo en este caso, es una gran superestructura, no una definida expresión personal, el punto de que si nos propusieran como problema estilístico fijar el autor de una composición poética de este grupo, tendríamos que recurrir a un auxilio histórico —personajes o sucesos a los que se refiere dicha composición y que ya trató un determinado autor— y no al matiz estrictamente literario de la misma, que presenta en todos los autores una extraña unidad inquebrantable. No hay una sola nota discordante. Y sin proponérselo deliberadamente como doctrina estética nacionalista, sin decretos ni academias, estos escritores dan en la flor más diferenciada de la nacionalidad.

Por algo el pueblo la recoge y la fecunda luego, y la hace sobrevivir hasta nuestros días. Está apoyada inicialmente en el pueblo —aunque no es obra anónima de gente de pueblo— y hacia él retorna cuando muere en el estrato "superior", sociológicamente hablando, se entiende. He aquí en verdad "la sabia agricultura de la muerte", como diría Quevedo.

* * *

Al término de la Guerra Grande (1851) se cierra el primer acto de la poesía gauchesca y esta se recoge sobre sí misma y se prepara para dos grandes saltos:

uno se produce en la década del 1860: es el *Fausto* de Estanislao del Campo, y otro en la década del 1870: *Los tres gauchos orientales* de Lussich y la obra máxima: el *Martín Fierro* de Hernández.

Esta segunda etapa constituye otro grado de una misma voluntad estilística. La primitiva poesía gauchesca entre 1810 y 1851 —gauchi-patriótica al comienzo y gauchi-política a partir de 1820— tenía los caracteres que hemos acotado precedentemente. La segunda etapa, aún dentro de la misma línea, posee otros: perdida la funcionalidad estricta, sigue dos caminos: 1º desciende al lecho folklórico campesino y late hasta nuestros días como supervivencia: 2º se eleva a una categoría artística en el *Martín Fierro* de José Hernández que entra a paso firme en la gloria seguido jerárquicamente por dos baqueanos en estas lides: el argentino Estanislao del Campo y el oriental Antonio D. Lussich.

La historia de esta segunda etapa se produce así:

Al terminar la Guerra Grande, pierde función la poesía gauchesca y se desmaya en malos remedos: en hojas sueltas que relatan crímenes memorables o revoluciones de entrecasa mucho menos memorables que aquellos. Entonces, surge en 1866 el *Fausto* de Estanislao del Campo. Entroncado con la más limpia tradición dialoguística de la poesía gauchesca, el *Fausto* se levantó a una potencia literaria rica y elaborada. Y como toda obra de arte definitiva, hizo más memorables a sus precursores. La primitiva poesía gauchesca le dio todo resuelto —lo que se llama la "voluntad estilística"— pero Estanislao del Campo ajustó y recortó las figuras, los diálogos y la imaginería, con una intención artística más calculada.

El *Fausto* fue construido en cinco días al calor de la inspiración, pero en sucesivas y pacientes remodelaciones, su autor fue ajustando todos los resortes estilísticos del poema hasta lograr su versión definitiva: la del folleto de noviembre de 1866. Conocemos dos cristalizaciones anteriores: la del manuscrito que se conserva en el Museo "Martiniano Leguizamón" de Paraná, y la que publicó el "Correo del Domingo" de Buenos Aires el 30 de setiembre de 1866, levantada luego en "El Siglo" de Montevideo unos días después, el 10 y el 11 de octubre [14]. En un lúcido ensayo, Amado Alonso esclareció el proceso de sus variantes.

Ajeno al valor puramente artístico del poema, queda aún en pie un problema a replantear: el de la validez del tipo de gaucho que encarnan Laguna y Anastasio el Pollo. El primero es producto de un artificio literario: es el interlocutor que, a la manera de los antiguos diálogos de los tratados científicos del Renacimiento, prepara y acompaña las disquisiciones del protagonista. Es un personaje "por decreto". El segundo es el verdadero actor de carne y hueso. Del Campo y sus precursores, tocan un solo registro en la amplia "tessitura" sicológica del gaucho: el de la gracia y el de la picardía. La grandeza del posterior *Martín Fierro* estriba justamente en la amplitud y, consecuentemente, en la variedad de esa "tessitura".

Pero de todas maneras, del Campo logra los más finos matices aún dentro de la reducida escala en que se mueven las voces. Un peligro se cierne, como una sombra maligna, sobre el poema: lo paródico. Toda la obra, elaborada a manera de un juego de sustituciones —evidentemente, Anastasio el Pollo es Estanislao del Campo vestido de paisano— corría un gra-

ve riesgo: si el color se acentuaba en dirección al "grotesco", la obra caía en parodia.

Pero hubo algo que lo salvó de ese riesgo: el transido amor hacia el personaje, el humilde respeto hacia el gaucho que escoge como arquetipo. A su manera primitiva y zumbona, Estanislao del Campo rinde homenaje al gaucho que lleva en sí, "sacramente, como la custodia lleva la hostia" como diría Güiraldes posteriormente en la solemne dedicatoria de *Don Segundo Sombra*.

En la década del 70 se consuma la obra mayor de la poesía gauchesca, el *Martín Fierro* de Hernández, precedida unos meses antes por *Los tres gauchos orientales* de Antonio D. Lussich. Esta última está en la línea de Estanislao del Campo, y aunque Hernández conoció y alabó la obra de Lussich antes de publicar la primera parte del *Martín Fierro*, no puede hablarse honradamente de procedencias estéticas. ¿Resonancias, influencias? Posiblemente. Pero ello no invalida en lo más mínimo la originalidad creadora de Hernández. También influyeron sobre él Del Campo, Ascasubi e Hidalgo. No es la coyuntura de plantear aquí este problema ni de resolver en pocas líneas los caracteres excelsos del *Martín Fierro*. Digamos, sí, que Lussich está en la dirección más entrañable de esta segunda etapa de la poesía gauchesca que alcanza, indudablemente, su más alta temperatura estética en la invención hernandiana.

Esta segunda etapa se descompone —a mi ver— en dos tiempos: el primero se cierra con el *Martín Fierro* (1872) y el segundo con *Paja Brava* (1915) de El Viejo Pancho; dentro de este último se halla inserta la obra de Elías Regules. Puede pensarse en una tercera etapa donde se levantan los nombres de

Fernán Silva Valdés y Pedro Leandro Ipuche. Pero esto ya es harina de otro costal.

Esta segunda etapa de la poesía gauchesca tiene un filamento común; sigue siendo un producto de alquimia literaria; no es poesía del gaucho sino sobre el gaucho; pero tiene otras variantes capitales: en primer término su verbo no se conjuga en tiempo presente: es "el recuerdo de los buenos tiempos viejos". Y éste es un buen truco literario al fin de cuentas, porque resulta que esos buenos tiempos viejos nunca fueron tales: el gaucho fue siempre un desposeído que defendió a punta de facón o lanza su vida y su libertad. Durante la primera etapa de la poesía gauchesca, esa lucha está relatada en tiempo presente: en la segunda, melancólicamente recordada. La vida idílica de los campos uruguayos, de la pampa y mesopotamia argentinas y de los "fundos" de Rio Grande do Sul, nunca fue tal. Desde los viajeros y cronistas del siglo XVIII hasta los documentos más veraces de la primera mitad del XIX todos afirman de consuno que el gaucho fue, por imposición de las circunstancias, un desclasado, cuchillero. caballista y nómade; sobre todo y fundamentalmente, contrabandista.

En unas preciosas *Noticias sobre los campos de la Banda Oriental* de autor desconocido escritas en 1794 se fija claramente el tipo de población de nuestra campaña colonial: "En cuatro clases de personas se puede dividir la población que cubre nuestras campañas: la de vecinos hacendados dueños de estancias, la de jornaleros trabajadores o peones de campo conocidos por gauchos o changadores. la de indios misioneros y la de portugueses"... "Los gauchos son también de dos: o meros jornaleros que sirven al

que los alquila, o de changadores que viven del contrabando y de robar ganado y hacer faenas por un precio que se concierta con el hacendado que los solicita. Y ambos viven sin domicilio agregados a las estancias o en el centro de la tierra persiguiendo ganado". Cuando caracteriza al gaucho, este escritor anónimo lo hace con estas rigurosas palabras: "es un linaje de gente que no ha visto la cara al miedo, que tiene por oficio lidiar con fieras bravas y burlarse de ellas con facilidad y que estiman sus vidas en muy poco y quitan las de sus prójimos con la misma serenidad que la de un novillo". Estos fueron "los buenos tiempos viejos"... [15].

Y sobre ellos vuelven con mirada nostálgica los escritores gauchescos de la segunda mitad del siglo XIX, entre ellos, en las postrimerías de esa centuria, Elías Regules, paradigma de esa obsesión literaria.

* * *

Un segundo plano a considerar en la obra de este escritor es el de la resonancia popular de sus versos. La importancia de Elías Regules se verifica por el hecho de que sus motivos o sus imágenes llegan a ser más memorables que el propio autor que las creó. Como es frecuente en casos similares hay un momento en que se olvida el nombre de su autor, pero se repite el motivo o la imagen con porfiada exactitud: "cosas chicas para el mundo pero grandes para mí", por ejemplo.

Y la popularidad alcanzada por vía oral por Regules se puede verificar por varios caminos. Quiero ceñirme a uno de ellos: el que corresponde a las veces en que sus versos fueron cantados en forma no-

toria y tangible a través del disco a partir de 1905 ó 1906 en que en el Río de la Plata cundía en forma extensiva el disco plano de Berliner inventado en 1900, podemos certificar las siguientes versiones: 1º *¿Porqué?*, Columbia T. 163, Estilo por Arturo Navas; 2º *Mi tapera*, Columbia T. 169, Estilo por Arturo Navas, y Uruguayo Nº 20.512, Estilo por Arturo Gobbi; 3º *Serenata de Los Guachitos*, Artigas Nº 60.339, Serenata por Arturo Navas; 4º *Por ella*, Columbia T. 145, Estilo por Arturo Navas; 5º *El criollo americano, de El Entenao*, Columbia T. 155, Estilo por Arturo Navas, y Artigas Nº 60.300, Estilo por el mismo; 6º *Mareo*, Columbia T. 176, por Arturo Navas; 7º *Contrapunto criollo (Payada)*, Victor Nº 69.969-A y Victor Nº 62.205-A, Milonga por Arturo Navas, y Artigas Nº 60.331, por el mismo; 8º *El viejo Tomás Paredes*, Victor Nº 62.203-A, por Arturo Navas; 9º *La Despedida*, Victor Nº 69.970-B, Estilo por Arturo Navas (es la letra del *Triste* para canto y piano de Eduardo Fabini). Estas son únicamente las que figuran en la colección de una sola persona, la del que escribe este Prólogo. Debe decirse que todavía hoy en las ferias montevideanas y en las casas de lance del interior y de la capital del Uruguay y de la Argentina, suelen lograrse gastados ejemplares.

Esta forma de irradiación cubrió una vasta área que abarca el Uruguay y casi toda la Argentina con excepción del norte. Sólo así se explica cómo algunas de sus composiciones estén "en estado folklórico" en esas regiones, perdido el nombre del autor en casi todos los casos.

Cuando la Ley Juan P. Ramos (Nº 4874) encomendó, como es sabido, a los maestros de la Argentina, recolectar en 1921 las supervivencias folkló-

ricas, varios versos de Regules aparecieron entre los millares y millares de textos literarios enviados desde todo el ámbito del país. Los maestros, pese a la cartilla que los aleccionaba en esta tarea de cateo folklórico, no eran, por supuesto, hombres de ciencia folklórica (puede pensarse que eran honrados aficionados), pero quienes trabajaron con esos riquísimos materiales que se conservan en el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, eran en cambio expertos en estas lides. Uno de ellos, Ismael Moya, de indiscutible talla, recoge en el segundo volumen de su *Romancero* [10] una versión de "Tomás Paredes" recolectada en San Luis, provincia mediterránea argentina, que no es otra cosa que la composición de Elías Regules con pequeñísimas variantes y un estrambote final, este sí de indudable prosapia folklórica. Este estrambote consiste en dos estrofas nuevas que, a manera de "moraleja" se agregan a las bien conocidas de la paródica invención de Regules sobre el esquema del Viejo Vizcacha. Dice así:

...Bajen ángeles del cielo:
ayúdenmen a sufrir
hasta la hierba que pito
ha de dar en contra mí.
Se murió el viejo Paredes;
se acabaron miserables
la historia queda en los libros
para que la cuenten los pobres."

"El Viejo Paredes" que es la relación del pechador de la obra escénica de Regules *El entenao*, estrenada por Podestá a fines de 1892, había aparecido desde la primera versión de los *Versitos criollos* impreso dos años después.

Una vez más repitamos que los hechos folklóricos no son folklóricos "per se", sino que están "en estado folklórico" cuando se hallan condicionados por ser supervivencias, y caracterizados a menudo por ser orales, anónimos, funcionales, colectivos, tradicionales, espontáneos y vulgares.

En nuestros viajes de recolección folklórica por el Uruguay iniciados en forma sistemática en 1943 registramos ya en disco al comienzo, ya en cinta magnética luego, más de 4.000 melodías entre cuyas letras aparecieron varias veces los versos de Regules. Los informantes, a menudo ignoraban quién era su autor y cumplían con todas las otras notas caracterizadoras que hemos enumerado. El texto de Regules, en ese momento, estaba en estado folklórico.

* * *

El último punto a plantear en este pórtico a los *Versos criollos* es el que corresponde al plano de la doctrina del "tradicionalismo" que intersecta los tres planos anteriores y que, indudablemente, fue creada por él en forma institucional al fundar el 25 de agosto de 1894 la Sociedad Criolla con otros 32 orientales — todo fue calculado: Treinta y Tres Orientales un día de "fiesta patria" — bajo la carpa del Circo Podestá-Scotti en Montevideo.

A la semana, el 2 de setiembre, Regules leyó en el paseo a la quinta de Risso el primer manifiesto de la novísima institución que, con otros que elaboró posteriormente, sentó las bases del tradicionalismo y dio origen a innumerables instituciones de esta índole que viven hoy en Sudamérica, por lo menos todas las

que existen en el Uruguay, la Argentina y el sur del Brasil, hasta donde llega nuestra información.

Pero el tradicionalismo de Regules era activo y crítico. contra lo que se cree comúnmente. No se trataba de tradicionalizar prepotente o beatíficamente todo, sino aquello que convenía al mejoramiento de la colectividad ya en el orden espiritual, ya en el material y dar a ese "corpus" doctrinario una cohesión anímica. Ahora que lo que él creía que era un mejoramiento puede pensarse que a veces no era tal. Pero lo hacía honradamente y con un "realismo" que aún hoy asombra.

Regules no acataba a ciegas todo lo que venía por la línea de la tradición. Por ejemplo: era tradicional curar la "culebrilla" con "santiguados". Como médico higienista que era, batalló largamente no sin cierta sorna contra esta práctica. Era tradicional calarse el pesado birrete en la colación de grados de la Universidad de Montevideo. Pues cuando tenía 18 años fue suspendido por dos años en la Facultad de Medicina y amonestado severamente por negarse a esta tradicionalísima práctica: "Las Universidades —son sus palabras— que para la recepción de grados imponen ceremonias ridículas, son un vejamen al adelanto del siglo XIX..." [17]

Regules estaba firmemente plantado en su medio y no se dejaba rebasar ni le hacía el juego a quienes querían arrastrarlo a una cómoda actitud pasatista para seguir bajo cuerda con sus turbios manejos, con sus oligarquías secretas o descaradas. Desde luego que tampoco le hacía gracia el petimetre criollo que ponía los ojos en blanco a todo lo que llegaba de París, al mismo que detestaba a los malolientes paisanos orientales, la sal de la tierra, los pobres. A estos "mozos

bien" los castigó con sus celebradas décimas que aún hoy todo el mundo repite. A los primeros, los sofrenó con varios versos de inusitada violencia (de "contenido social" se diría hoy en una socorrida expresión), en favor de sus compatriotas pobres y sometidos a injusticia por ello mismo:

..."el perseguido del juez,
el entenao de esta tierra
que es el primero en la guerra
pa ser último después..."

(De *El Entenao*)

..."Naide lo ampara ni cuida,
Naide le ofrece perdón,
que la carne de cañón
y el siervo de mil señores
no tiene más defensores
que su astucia y su facón..."

(Sin Derechos)

..."¡Pobre gaucho! ¡si al sacar
su sable por su bandera,
fuese algo más que escalera
donde otros van a pisar!..."

(De Vuelta)

En otros casos se anticipa a Florencio Sánchez *(Barranca abajo)*, a Ernesto Herrera, *(El león ciego)* o a Justino Zavala Muniz *(Fausto Garay un caudillo)*, con estos vigorosos versos que aparecieron por primera vez en la edición de 1900:

..."Nacido para señor
de la selva que domina
ha sembrado la colina
de hidalguía y de valor.

Hombre de alma superior
supo ser noble y austero,
su palabra fue de acero,
no precisó documentos
y cumplió sus juramentos
como el mejor caballero.
Hoy no vale una pitada
porque no se necesita,
hoy es de raza maldita
que no sirve para nada.
Si tuvo alguna jornada
de la que quede el reflejo,
es sólo recuerdo añejo
que debe ser olvidado,
aunque sea oro sellado
es oro... bastante viejo..."

(Oro Viejo)

La doctrina del tradicionalismo no surgió como un ocio literario ni como un amor estúpido o irrazonado hacia los buenos tiempos viejos; mucho menos como justificación placentera de una clase patricia que declinaba en su poderío económico frente a una pequeña burguesía que iba quedándose con sus rentas y propiedades. Debemos decirlo con claras palabras: nació contra los inmigrantes, contra los braceros que desplazaban con sus bajos salarios —y sus buenas ganas de trabajar— a los campesinos de estas tierras (por curiosa paradoja hoy el tradicionalismo es fuente de integración social: gran parte de sus adeptos son criollos de primera generación que honorablemente quieren entroncarse con las raíces sociales del país, lo cual está muy bien y justifica ampliamente la obra de las sociedades de esta laya). Pero en su época —fines del siglo XIX— esto hay que entenderlo a la luz del hecho sociológico, es decir "como una cosa" al decir de la ley fundamental de Durk-

heim; con la estricta frialdad de un teorema matemático que hay que demostrar. Después se verá las proyecciones que pueda tener, pero esto no cumple a la sociología sino a la política en el sentido más levantado.

El Uruguay había recibido durante y después de la Guerra Grande finalizada en 1851 una ponderable inmigración italiana, española y francesa. Angel Rama, en un lúcido comentario sobre Elías Regules[18] recuerda las palabras redactadas por el autor de los *Versos criollos* en la polémica sostenida contra Carlos Blixen en 1894. Decía don Elías:

"La inmigración provechosa es la que, apareciendo acompañada de grandes capitales, lleva a cabo mejoras positivas, en cuya realización y sostenimiento aplica las fuerzas locales, con efectivas ventajas para todos. No se halla en este caso la que ha venido contratada por algunos gobiernos antipatrióticos, esa que aplastada por el hambre crónica, salió de Europa para comer en el Uruguay el pan que debía corresponderle al paisano, la misma que sin destino inmediato, pisó nuestros muelles con el estómago vacío para ir llenándoselo en un costosísimo Hotel de Inmigrantes y diseminarse después por la República sin más trascendencia que el perjuicio evidente de haber aumentado el divisor."

Quien lea hoy este párrafo y se detenga sobre todo en aquello de una inmigración "acompañada de grandes capitales", piensa a primera instancia que Regules tenía la estructura mental de un "reaccionario". Pero esto es un anacronismo: es querer esclarecer el pasado con los índices de medición y luego con los adjetivos que se inventaron luego para esclarecer el presente. Además, aislar este párrafo del contexto de

su doctrina, es artilugio poco limpio. Hay que criticarlo a la luz de su pensamiento entero y bien explicitado, y este pensamiento tiene sus sectores poco claros y aún erróneos, pero en su integridad ostenta una pausada dignidad. Por ello formamos un apéndice con sus prosas tradicionalistas. El hombre oriental y por extensión el Hombre, debe encontrar en la relación entre sí mismo y la tradición críticamente depurada, una de las formas nobles de comportamiento societario (que, además, no es la única).

El hombre nace condicionado —no calificado— por la tradición, pero esa tradición va a ser criticada por él consciente o inconscientemente, y luego aceptada en parte y rechazada en parte aún en los más grandes y trascendentes movimientos del espíritu. Decía Igor Strawinsky que "una tradición verdadera no es el testimonio de un pasado muerto; es una fuerza viva que anima e informa el presente. En cierto modo es cierta la paradoja de que todo lo que no es tradición es plagio..." [19].

La tradición, en muchos, es información ostentosa. Para ser asimilada en todos sus más esplendentes atributos, tiene que ser cultura, es decir, "categoría del ser", no del mero "saber", ni aun del "sentir", según la fórmula de Max Scheller. Debe llevarse como la piel, no como el vestido. Uno se da cuenta cuando una persona es inculta; no cuando es culta; porque en este último caso procede con tal natural gracia que nadie se percata de que es culta.

Esta es la flor del tradicionalismo y no la ostentación dominguera y prepotente, la peña bullanguera, la asociación de declamadores tradicionalistas. Regules, que fijó su doctrina, la cumplió a veces en sus versos más bellos, no en sus caballerías piafantes y

maturrangas de las conmemoraciones cívicas. Y fue en esos versos con levantada intuición creadora en que tocó los inefables extremos de la tradicionalidad en los rigurosos campos del arte. Dijo en una de sus "relaciones para Pericón":

> ..."Dios te conserve tan linda
> guampita de caracol
> espuma de apoyo gordo
> florcita de mirasol..."

He aquí la copla, la vieja copla hispánica que ha engendrado una hija americana que no desmiente su estirpe aunque se diferencie de ella.

"¿Pero esto viene de España?" dirá desilusionado algún tradicionalista distraído que cree que la cultura nace por generación espontánea, que es "autóctona". (¡Cómo si fuera "autóctona" la música precolombina —no ya sus supervivencias— que nos viene por el estrecho de Behring o por la Polinesia!)

Sí, esa vieja copla hispánica es la madre. Pero esa copla hispánica, a su vez, tiene una abuela arábiga (el "zéjel") o romana o fenicia o qué sé yo... Pero yo vengo de mi madre. Y yo no soy mi madre.

LAURO AYESTARÁN.

NOTAS

1 La bibliografía de la obra de creación y compilación de Elías Regules publicada en vida del autor, puede articularse así, por orden cronológico:

1] Regules, Elías (1861-1929)
Vendajes compresivos de la pierna Tesis para optar al grado de doctor en Medicina y Cirugía. Montevideo, Facultad de Medicina, 1883 37 p.

2] *Disposiciones legislativas nacionales con interés médico-legal* Coleccionadas para los estudiantes de la Facultad de Medicina Montevideo, Imp Rural, 1892 60 p.

3] *Disposiciones Nacionales con interés médico-legal* Coleccionadas para los estudiantes de Medicina Montevideo, Facultad de Medicina. Aula de Medicina Legal, 1915 50 p.
Difiere en algunas disposiciones con la anterior.

4] *Disposiciones Nacionales de interés médico-legal.* Coleccionadas para los estudiantes de Medicina Montevideo, Imp. Artística de Dornaleche Hnos., 1924. 96 p.
Difiere en varias disposiciones con las anteriores

5] *Versitos criollos* Montevideo, Imp Rural, 1894 41 p

6] *Versos criollos.* (2ª ed.). Montevideo, Imp. Latina, 1900. 74 p
Se suprime la composición "¡Viva!" que no figurará en adelante y se agregan otras

7] 3ª ed. Montevideo, Talls. Gráfs. Lacassagne, 1908 96 p Il
Se agregan algunas piezas.

8] 4ª ed Montevideo, Talls. Gráfs Juan Fernández, 1911 118 p Il.
Se agregan algunas piezas.

9] 5ª ed. Montevideo, Lib Mercurio, 1915. 134 p. Il.
Se agregan algunas piezas

10] 6ª ed. Montevideo, Lib Mercurio, 1918 144 p. Il
Se agregan algunas piezas.

11] 7ª ed. Montevideo, Lib. Mercurio, 1922, 150 p Il
Se agregan algunas piezas

12] *Pasto de cuchilla.* Montevideo, Tip. Criolla, 1904. 32 p

13] *Renglones sobre postales* Montevideo, Imp La Rural, 1908. 35 p.

14] *Veinte centésimos de versos* Para una estatua a Artigas en la Sociedad Criolla. Montevideo, Talls Gráfs. Juan Fernández, 1911. 16 p.

15] *Mi pago*. Montevideo, Peña Hnos., 1924, 16 p.

16] *Libertad o muerte*. Montevideo, Lagomarsino Hnos, 1925, 4 p .

17] *Los guachitos*. Comedia criolla. Montevideo, Peña Hnos, 1927. 48 p.

2 EDUARDO FABINI· *Triste*, para canto y piano Letra de Elías Regules Montevideo, Conservatorio Nacional de Música, 1954.

3 *El arroyo descuidado*, letra de Elías Regules, música de Eduardo Fabini para 3 voces femeninas, bajos y orquesta fue estrenada en el Teatro Artigas de Montevideo el 14 de octubre de 1924 por la Asociación Coral de Montevideo, bajo la dirección de Carlos Correa Luna.

4 LAURO AYESTARÁN: *La primitiva poesía gauchesca en el Uruguay*, vol I Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1950.

5 EMILIO CONI *El Gaucho*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945.

6 MANUCHO: *Cielito*, en 'El Recopilador", Montevideo, 12 de noviembre de 1831.

7 AUTOR DESCONOCIDO· *Combersacion de Ticu y Cachango*, en "El Domador", Montevideo, 19 de marzo de 1832.

8 AUTOR DESCONOCIDO: *Tonico para los salvages unitarios, tan hambrientos como rotosos que se hallan encerrados en la infeliz plaza de Montevideo*, hoja suelta impresa reproducida en el artículo de AQUILES B ORIBE: *La Literatura de combate durante la Guerra Grande*, aparecida en el tomo "Conferencias del curso de 1937", Montevideo, Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, 1938, p. 271.

9 HILARIO ASCASUBI *Jacinto Amores, gaucho oriental, haciéndole á su paisano Simon Peñalva, en la costa del Queguay, una completa relación de las fiestas cívicas, que para celebrar el aniversario de la jura de la Constitución oriental, se hicieron en Montevideo en el mes de julio de 1833* Según "El Universal", Montevideo 21 de setiembre de 1833 publicóse en Montevideo y hallábase en venta en la librería de Ignacio Sulian La transcripción ha sido tomada de· HILARIO ASCASUBI: *Paulino Lucero ó Los gauchos del Río de la Plata*, París, Paul Dupont, 1872, pp. 1 a 33

10 HILARIO ASCASUBI: *Remitido*, aparecido en "El Conservador", Montevideo 24 de julio de 1847. Publicado luego en "Paulino Lucero ó Los gauchos del Río de la Plata" París Paul Dupont, 1873, pp 391-392, de donde hemos tomado esta transcripción.

11 HILARIO ASCASUBI: *¡Véanlo a Espadín falsiando al ñudo!*, en "El gaucho Jacinto Cielo", Nº 12 Montevideo, 1º de setiembre de 1843.

12 HILARIO ASCASUBI *Paulino Lucero ó Los gauchos del Río de la Plata*. París, Paul Dupont, 1873, pp. 149-151.

13 Perico Cielo: composición en verso sin título publicada en el periódico "El Defensor de las Leyes", Montevideo, 3 de diciembre de 1836

14 Lauro Ayestarán: *La primera edición uruguaya del Fausto de Estanislao del Campo*, Montevideo, Universidad de la República, Departamento de Literatura Ibero Americana, 1959

15 Rogelio Brito Stífano: *Dos noticias sobre el estado de los campos de la Banda Oriental al finalizar el siglo XVIII*, en "Revista Histórica", Montevideo, Museo Histórico Nacional, 1953, año XLVII, tomo XVIII, Nos. 52-54, pp. 346 y 361

16 Ismael Moya: *Romancero* Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, t. II, p 403.

17 Horacio Arturo Ferrer: *Colaciones de grados, distintivos y colores en la Universidad de la República* Montevideo, Rectorado de la Universidad de la República 1963, p. 35

18 Angel Rama: *Regules, inventor de la tradición*, en "Marcha", año XXIII, Nº 1051. Montevideo, 24 de marzo de 1961.

19 Igor Strawinsky: *Poética Musical* (Traducción de Eduardo Grau) Buenos Aires, Emecé, 1946, p. 79

ELIAS REGULES

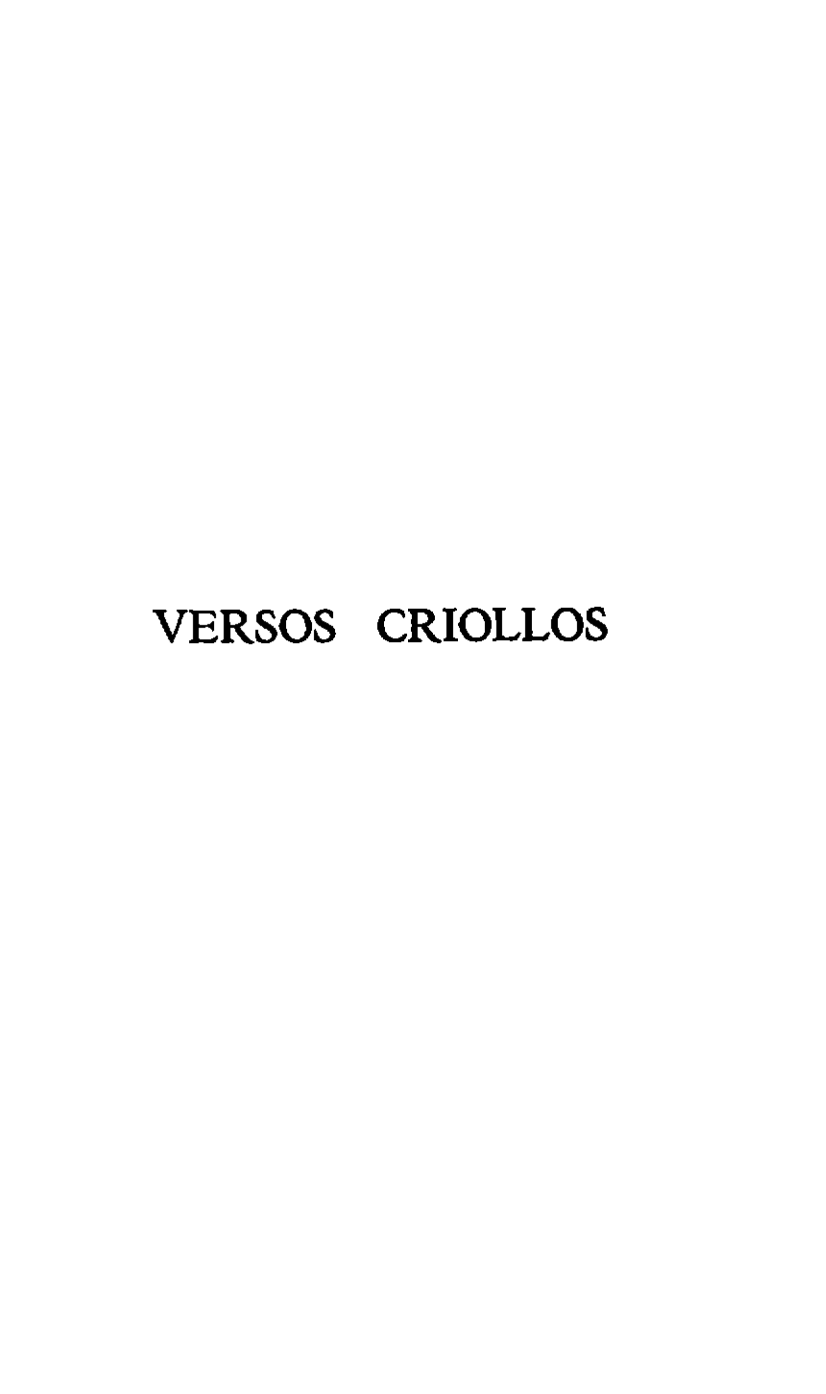
Elías Regules, hijo de Elías Regules y Manuela Uriarte, nació en Montevideo el 21 de marzo de 1861 y los veranos de sus años de infancia y adolescencia transcurrieron en el campo que poseían sus padres sobre la costa del arroyo Malbajar próximo a la población de Sarandí del Yí, en el corazón del Uruguay. En 1873, radicado en Montevideo, ingresó en la enseñanza secundaria y el 10 de agosto de 1875 fundó la Sociedad Universitaria, de tendencia liberal, que luego se fusionó con el Ateneo de Montevideo. En 1883 se graduó de doctor en Medicina y Cirugía y dos años más tarde ocupó la cátedra de Anatomía en la Facultad de Medicina y de Higiene y Medicina Legal en la de Derecho: en este campo docente publicó varios folletos. En 1889 fue designado decano de la Facultad de Medicina, cargo que desempeñó hasta 1898. Hacia 1892 la compañía Podestá-Scotti dio a conocer sus obras teatrales *El entenao* y *La viveza de Juancito*, y posteriormente su adaptación escénica del *Martín Fierro* de Hernández. En 1894 cumplió tres importantes tareas: estrenó en Paysandú su obra teatral más conocida, *Los guachitos*, fundó la "Sociedad Criolla" juntamente con treinta y dos compatriotas, inicial institución tradicionalista en América, y publicó la primera edición de sus *Versitos criollos*. En 1898 fue designado miembro del Consejo de Estado durante el gobierno de Juan Lindolfo Cuestas y al año siguiente fue electo diputado por el departamento de Rocha en representación del Partido Constitucional. Durante la revolución de 1904 comandó la expedición sanitaria a Masoller y en ese mismo año publicó su folleto *Pasto de cuchilla*. En 1922 fue nombrado Rector de la Universidad, cargo que ocupó hasta 1928. Al atardecer del 4 de noviembre de 1929 falleció repentinamente en su chacra "La Margarita" en las afueras de Montevideo, a los 68 años de edad, después de haber visto crecer y desarrollarse por toda América las instituciones tradicionalistas cuya doctrina inicial, precisa y crítica, promoviera a fines del pasado siglo.

CRITERIO DE LA EDICION

El modelo de la presente edición de los *Versos criollos* corresponde a la séptima, impresa en Montevideo, Talls. Gráf. de la Lib. Mercurio, 1922, la última que corrigió en vida su autor. Regules publicó en "El Fogón", en otras revistas y en folletos, un elevado número de poesías de circunstancias que formarían un volumen equivalente al de los *Versos criollos*. Pero su voluntad implícita de no cobijarlas (salvo algunas de ellas) bajo este título, está bien clara, ya que pudo hacerlo —y no lo hizo— en la última edición que corrigió personalmente. Originalmente, el título de la primera edición de 1894, fue *Versitos criollos;* a partir de la segunda, aparecida en 1900, su título pasó a inscribirse como *Versos criollos*.

La presente publicación, conserva la puntuación original pero se atiene a las nuevas normas de la Academia Española en lo que se refiere a la acentuación.

L. A.



VERSOS CRIOLLOS

RUMBO

No hay luz. Una sombra ya
ha borrado el horizonte,
y en la cuchilla y el monte
la noche durmiendo está.
En vano la vista va
buscando extraño fulgor,
que al mirar en derredor,
todo el espacio apagado
parece un mundo enlutado
por implacable dolor.

Morales, el paisanito
de las costas del Tornero,
va en el lomo de su overo
caminando al trotecito.
Lleva el rumbo bien escrito
en su mente y en su tino,
que hasta la "Estancia del Pino",
conclusión de sus jornadas,
hay diez leguas acostadas
a lo largo del camino.

Y entre el monótono ruido
del trote lento y pesado,
y el barullo del recado
que se queja de oprimido
y entre el alegre silbido
y la marcha acompasada

de la coscoja bordada
que se entretiene rodando,
él va la noche escarbando
con golpes de su mirada.

Pisa lomas, cruza el llano,
pasa el arroyo y la sierra,
como arreglando la tierra
con la palma de su mano.
Y es tan seguro baqueano
aquel resuelto jinete,
que, cual si fuera un juguete,
abras, sendas y picadas
parece que están atadas
al cabresto de su flete.

Sigue el viaje, y olvidado
de estudiar el derrotero,
piensa un rato, placentero,
en la prenda de su agrado.
Un pañuelo que le ha dado,
lleva al cuello como seña
de su esperanza risueña,
y con febriciente anhelo
besa agitado el pañuelo
como si fuese a la dueña.

Corta campo, bien seguro
de no errar una pulgada,
y la gramilla aplastada
gime sobre el suelo duro.
No demuestra gran apuro
de dar fin a su excursión,
y con la firme intención

de pronto encontrar la Estancia,
mata el tiempo y la distancia
entonando un pericón.

En la larga travesía
recorre todo el pasado:
un recuerdo perfumado,
otro con melancolía;
y siempre atento a su guía,
se ve pintado en su ceño
que lucha con fiel empeño
para dejar derrotadas
las guerrillas avanzadas
del ejército del sueño.

. . . .
. . . .

Y cuando el sol despertaba
para alumbrar el camino,
en esa "Estancia del Pino"
Morales desensillaba.
Poco después se sentaba
con el mate y la caldera
dejando gruesa bajera
sobre el lomo del overo,
como recurso certero
de sabia higiene campera.



MI TAPERA

Entre los pastos tirada
como una prenda perdida,
en el silencio escondida
como caricia robada,
completamente rodeada
por el cardo y la flechilla
que, como larga golilla,
van bajando a la ladera,
está una triste tapera
descansando en la cuchilla.

Allí, en ese suelo, fue
donde mi rancho se alzaba,
donde contento jugaba,
donde a vivir empecé,
donde cantando ensillé
mil veces el pingo mío,
en esas horas de frío
en que la mañana llora
cuando se moja la aurora
con el vapor del rocío.

Donde mi vida pasaba
entre goces verdaderos,
donde en los años primeros
satisfecho retozaba,
donde el ombú conversaba
con la calandria cantora,

donde noche seductora
cuidó el sueño de mi cuna
con un beso de la luna
sobre el techo de totora.

Donde resurgen valientes,
mezcladas con los terrones,
las rosadas ilusiones
de mis horas inocentes;
donde delirios sonrientes
brotar a millares vi,
donde palpitar sentí,
llenas de afecto profundo,
cosas chicas para el mundo
pero grandes para mí.

Donde el aire perfumado
está de risas escrito,
y donde en cada pastito
hay un recuerdo clavado;
tapera que mi pasado,
con colores de amapola,
entusiasmada enarbola,
y que siempre que la miro
dejo sobre ella un suspiro
para que no esté tan sola.

DE "EL ENTENAO"

Soy el criollo americano
de este pedazo de cielo,
soy el hijo de este suelo,
soy el alegre paisano.
Soy el gaucho campechano
de alma noble y corazón,
que pasiando en redomón,
echao pa atrás y muy ancho,
vivo feliz en mi rancho
hecho de paja y terrón.

Soy el de cara tostada
que haciendo sonar el basto,
voy acariciando el pasto
y pasando la cañada.
Soy el de juerte mirada,
soy el duro pa morir,
el condenado a vivir
entre sauces y totora,
soy el gaucho que no llora
pero que sabe sentir.

Soy el risueño cantor
que a la música escuchando,
voy con sonrisas cantando
lo más lindo y lo mejor.
Soy también el payador
del lastimero cielito

que al compás de un estilito,
en horas negras, sin calma,
saca una pena del alma
y la tira al infinito.

Soy el taita que retruca
generoso y altanero,
el que saluda al pampero
con el sombrero en la nuca,
el que peliando se educa,
y apriende a golpe y revés,
el perseguido del Juez,
el entenao de esta tierra,
que es el primero en la guerra
pa ser último después.

LA CRIOLLITA

Soy la fresca y linda polla
Soy la criolla
De este suelo celestial,
Yo soy Juana la chinita
Más bonita
Que pisó tierra Oriental.

Soy el suspiro primero
y hechicero
Que la América exhaló;
Y en un beso de la aurora,
de su flora
Perfumada nací yo.

Soy la prenda acariciada
Por mirada
De americano galán,
Que con garbo que me asombra
Verde alfombra
Va pisando en su alazán.

Soy el ensueño atrevido
Producido
Por sonrisas del amor,
Que hasta el cielo, cuando canta,
Le levanta
Las cuerdas al payador.



DE "LOS GUACHITOS"

Entre circular guirnalda
se destaca el suelo agreste
y un manto de tul celeste
cubre la verde esmeralda.
Desde la cumbre a la falda
corre un hilo cristalino,
y el valiente torbellino
rodando con gentileza
rompe la dura maleza
del terreno campesino.

El arroyo descuidado
moja jugando la orilla,
donde bebe el coronilla
y el sarandí colorado.
Como concierto soñado
en la selva virginal,
alegran el pajonal
los gritos del terutero,
los redobles del jilguero
y las quejas del zorzal.

De invisible surtidor
y en cunita perfumada,
al cortar una mirada
nace sonriente el amor.
Titánico, seductor,
gasta tímido lenguaje,

pero es de noble linaje,
amor delirante y ciego,
amor de vida, de fuego,
con ribetes de salvaje.

Esa es la tierra tendida
desde el Uruguay al Plata
que su bandera desata
orgullosa y atrevida.
Esa es la tierra querida
con cariño colosal,
es la tierra celestial
que adoro con frenesí,
la tierra en que yo nací
el lindo suelo oriental.

A ENRIQUE CASTRO

Con motivo de su viaje a París. — 1886

Por más que le hice dentradas
con el pingo sobre el freno,
por más que me le hice el güeno
en muchas atropelladas,
por más que mis puñaladas
trataron de hacerle estrago,
por más que le puse halago
en el modo de decirle,
no he podido descubrirle
porque se nos va del pago.

Usté tendrá sus razones
de bastante fundamento,
pa ir a resollar el viento
que sopla en otras naciones.
El porqué de sus aiciones
naide debe averiguarlo,
pues, puede tal vez llevarlo
de esos páises al encuentro,
algo que le suene adentro
y que no quiere mostrarlo.

Ansí, amigo, yo respeto
su risolución sigura
y, aunque la cosa sea dura,
en la causa no me meto.

Pero no me dará un reto
si le llego a declarar,
que es para hacer redamar
muchas lágrimas sentidas,
dejar las cosas queridas
del otro lao de la mar.

Usté que siempre ha tenido
un corazón bien labrao,
usté que ha redomoniao
sin estropiarlo el sentido,
usté que siempre ha vivido
en el rancho en que nació,
usté que bravo pelió
por la honradez de su nombre
sabrá lo que cuesta al hombre
dejar lejos lo que amó.

Por eso, es juerte y tristazo
y al más duro le hace herida,
el adiós de despedida
al lao del último abrazo.
Por eso, usté en este caso,
con su alma noble y sencilla,
ha de tener como quilla
pa dirse del Uruguay,
voluntá de ñandubay
con cuñas de coronilla.

Vaya nomás amargao,
que es justo su desconsuelo,
a buscar en otro suelo
lo que en este no ha encontrao.
Pero ponga su cuidao

dende que empiece a viajar
pa no llegar a olvidar,
allá entre tanto manate,
al país donde se usa el mate,
el poncho y el chiripá.

Será muy linda la Uropa,
será muy sabia su gente,
allí será inteligente
hasta el cuchillo y la ropa,
tendrán sombreros de copa,
tendrán lo que naide halló,
verán lo que naide vio,
será aquello linda estampa,
pero es más linda la Pampa
para el que pampa nació.

Usté, allá, en esos momentos
en que el silencio es gobierno,
mate su aparente invierno
al sol de sus sentimientos;
y pa endulzar los tormentos
que le dé su situación,
encierresé en su galpón,
lejos de franceses lerdos,
a chupar con sus recuerdos
un sabroso cimarrón.

Ricuerde siempre este suelo
que, aunque pobre y desgraciao,
es donde usté ha respirao
el aire que tapa el cielo.
Ponga tuito su desvelo
y la juerza de su vida,

en la tierra preferida,
por donde quiera que ande,
que la patria es cosa grande
aunque la veamos caída.

Vaya, aprienda de una vez
y cargue bien las carretas,
y hasta en las mesmas maletas
traiga cencia del francés,
y vuelvasé pronto, pues
por cuchillas y vertientes
andan pidiendo inclementes
los criollos, nuestros hermanos,
muchos dotores paisanos
y sobre todo, decentes.

PARA PERICON

Caballero. —Yo fui matrero de ley
que naides me pudo hallar,
y únicamente tus ojos
me llegaron a agarrar.

Señorita. —Si mis ojos han prendido
a un matrero tan pintor,
yo lo tendré bien seguro
en el cepo de mi amor.

C —Si Dios llega a conocer
el amor de una paisana,
se va a poner chiripá
pa ser cuñao de tu hermana.

S. —Dejálo a Dios en el cielo
que nos sirva de testigo,
mientras haya paisanitos
como el que baila conmigo.

C. —Una tarde de verano...
un ranchito y un ombú...
una calandria cantando...
y en el ranchito... yo... y tú.

S. —Una mañana temprano...
tú con tu perro y tu pingo...
yo te alcanzo un mate amargo...
y tú me besás .. ¡Qué lindo!

C. —Ya tengo un sauce elegido
pa cruz de mi sepultura,
si no llego a conseguir
ser dueño de tu hermosura.

S. —Si me llegás a probar
que en tus dichos no mentistes,
no se ha de cortar el sauce
pa lo que vos lo elegistes.

C. —Hay tanto fuego en tu cara,
que cada ojo es un fogón,
y cuando me encuentro cerca
estoy como chicharrón.

S. —Mis ojos no son tan fuertes
pa quemarte carne y cuero;
más que mis ojos, te queman
las bebidas del pulpero.

C. —Tu amor es un rebencazo
que me dejó bellaquiando,
y aquerenciao en tu pago
ando al trote y relinchando.

S. —Si tanto te gusta el pago
y mi querencia te agrada,
que te ponga marca el cura,
y entrarás en la manada.

C. —Hermosa vaquilloncita,
linda potranca divina;
pa este mancarrón maceta
serás la yegua madrina.

S. —Son floridas tus palabras
y muy buenas tus razones,
pero sabrás que he resuelto
no hacer caso a mancarrones.

C. —En la huerta de mi pecho
sembré de tuitos tamaños,
unas cuantas esperanzas,
y nacieron desengaños.

S. —De los huevos de ñandú
nunca se han sacado gallos,
y aquel que siembra esperanzas
no ha de recoger zapallos.

C. —Aquí clarito me ves
que por tu amor, con locura,
estoy como parejero
muy pasao de compostura.

S. —Siento tu padecimiento,
y si esperás que te quiera,
para no descomponerte,
que te pongan en salmuera.

C. —En el jardín de tu casa
una linda flor nació,
y quedó seca de envidia,
la mañana que te vio.

S. —Si esa historia ha sucedido
como la contás aquí,
la flor debió ser ciega
si tuvo envidia de mí.

C. —El pulpero se jue a Uropa,
el patrón pa la ciudá,
y yo me vine a tu casa
pa mejor felicidá.

S. —No hay duda, pero mi padre
dice que no te reciba,
que vos no venís por mí,
sino por comer de arriba.

C. —Dios te conserve tan linda,
guampita de caracol,
espuma de apoyo gordo,
florcita de mirasol.

S. —Facha de tala sin hojas
nacido en algún cardal,
carona dura sin jergas,
Dios te guarde tan bagual.

C. —Dende que te vi en el baile
me tenés redomoniao,
porque la mirada tuya
es como pial de volcao.

S. —Porque te miré una vez,
llegastes a redomón;
si yo te vuelvo a mirar,
vas a quedar mancarrón.

UN MOZO... BIEN

Un joven de gran honor
por ser de familia... *bien,*
a la Estancia del Edén
fue por orden de un doctor,
para curarse un dolor
que tenía en el frontal.
¡Qué mozo tan celestial!
¡tan delicado! ¡tan puro!
¡qué criollo para un apuro!
¡qué sienes... para un bozal!



Llevaba cuatro cajones
con sus trajes y sus cosas,
polvos, aguas olorosas
y perfumados jabones,
cuarenta y tres pantalones,
diez levitas y también
llevaba para el Edén
un salvavida seguro.
¡Qué criollo para un apuro!
¡cómo no!... si es mozo... *bien.*

En la estancia, al otro día
de llegar aquel bendito,
le mostró un buen paisanito
el recado que tenía;
y con mucha algarabía
le llamó peto... al pretal,

a las caronas... el frac
y al cojinillo... felpudo.
¡Qué cuarta para un peludo!
¡Qué sienes... para un bozal!

Y en su charla la peonada
decía, mirando al pueblero:
¡qué bagual... pa un entrevero
el zaino de la manada!
No cae... la leña cargada,
te juego dos mil a cien:
y él desconfiando recién,
señores, dijo, es preciso
que no me tomen por guiso
porque soy un mozo.. *bien.*

Vio una trilla y asombrado
gritó... "Cuidado las coces
de tantas bestias feroces
que han puesto en ese cercado".
Le llamó liebre... a un venado
gramilla fuerte... a un trigal,
plaza desierta... a un corral
y a un carpincho... brava fiera.
¡Qué frente... para testera!
¡Qué sienes... para un bozal!

Presenció una hermosa hierra,
una esquila y otras cosas,
y dijo: son horrorosas
las prácticas de esta tierra!
Todo, lo que aquí se encierra
¿Quién lo habrá inventado? ¿quién?

Agitada está mi sien,
jamás tanto horror he visto.
¡Qué criollo, por Dios! ¡Qué Cristo!
conocerá un mozo... *bien.*

No pudo comer asado
por no encontrar tenedor,
casi murió de calor
por no andar desabrigado.
A un baile que fue invitado
cayó de frac, muy formal,
y un paisano muy jovial
dijo: No ha venido al ñudo,
delen puerta a ese coludo,
que le voy a echar un pial.

Por fin, bastante aburrido
dijo: Ya basta de penas,
estas fiestas no son buenas
para un hombre bien nacido.
Doy todo por concluido
y salgo de este Belén,
me voy a tomar el tren
y llevaré en mi memoria
esta pobre y triste historia
que le pasó a un mozo... *bien.*

PAYADA

X. — Ya estamos en el camino,
preparesé compañero,
acomódese la vincha
y monte su parejero,
que la vamos a correr
con empeño y afición,
y el que gane ha de meniar
mucho rebenque y talón.

Z. — Me gustó la convidada,
y ya que prontos estamos,
doy por hechas las partidas
y le grito juerte: vamos.
Si su pingo es ligerón
bajelé nomás la mano,
y cantemé lo que sepa
sobre el gaucho americano.

X. — No se va a dir con las ganas,
pues el gaucho, a mi entender,
es el tipo de una raza
que no se debe perder.
Es el hijo de los campos,
que da pan a la ciudá,
es el brazo que al pueblero
le dio patria y libertá.

Z. — Ya se florió demasiao
en la milonga, amigazo;

yo le pedí la presilla,
y usté me dio todo el lazo.
Me ganará, pues ya veo
que tiene recursos fijos;
yo soy solo con... hermanos,
y usté es con... *padre* y con hijos.

X. —No soy compadre; se engaña,
que en esto no hay compadrada,
y la juego porque tengo
la guitarra bien templada.
Cada cual tiene su gracia
en este mundo paisano;
yo en el canto soy un taita,
y usté es *pa... bo... liar* baquiano.

Z. —No tan pavo como usté
se imagina, Ño Mateo;
mire que hay de muchas marcas
en el ganao de un rodeo.
Tal vez los cantos se pasan
con cantores muy filosos;
mis versos son desabridos,
los suyos *son sos...* pechosos.

X. —Mis versos no son tan zonzos
como usté... se lo figura;
parece que mi recao
le apretó la matadura.
Y si se tiene por guapo
pa trenzarse mano a mano,
tiemple y cante lo que guste
sobre el amor del cristiano.

Z. — El amor es un suspiro
que va a perderse en la nada,
es el vientito y la luz
de una linda madrugada.
Es olorcito de flores
que a uno lo deja almariao,
y está sonzazo de veras
el cristiano enamorao.

X. — Declaro que me gustó
su rilación soberana,
cortita, pero de juerza
como clavo de picana;
y si le sobra encordao,
dé gracias a la reunión,
que ha escuchado la payada
con demasiada atención.



DESPEDIDA

Yo también puedo tener
de afectos el alma llena,
que donde vive una pena
puede brotar un placer.
Pues en todo hay, a mi ver,
dulzura con esplendor:
el tigre tiene su amor,
su cariño la paloma,
la rosa brinda su aroma,
y hasta el cardo tiene flor.

Tu voz, al decir cantando
lo que tu pecho cultiva,
es una voz que cautiva
y deja el alma penando.
Pero yo, que voy sembrando
el dolor que recogí,
no quiero pagarte a ti
con lo que puedo ofrecerte,
no quiero enlutar tu suerte,
con las penas que hay en mí.

Tú eres el cariño tierno,
yo, la queja lastimera;
tú, la alegre primavera,
yo represento el invierno.
Tú eres el delirio eterno
de las dichas encantadas;

yo, las congojas lloradas
con lágrimas inocentes,
y dos cosas diferentes
deben estar separadas.

Tú eres el lucero hermoso
que en la mañanita asoma,
enamorando la loma
con su rayo cariñoso.
Eres el ángel dichoso
que me viene a seducir;
pero le debo decir
a tu canto enamorado:
ya he sufrido demasiado,
quiero tranquilo morir.

EL VIEJO PAREDES

De "El Entenao". — Relación del pechador

Y pa alegrar la reunión,
con el permiso de ustedes,
voy a contarles la historia
del viejo Tomás Paredes.

Hombre rico por demás
y de fortuna cerrada,
con ocho rodeos de vacas
y mucha plata enterrada.

Cuando tenía que carniar
sus vacas no estaban güenas,
y pa comer carne gorda
voltiaba vacas ajenas.

Con las carnes hacía charque
pa vendérselo al pulpero,
y él se comía las pezuñas
con las garritas del cuero.

Una ocasión envitó
pa una grande comilona,
y presentó al asador
dos pedazos de carona.

Cuando estaba resfriao,
por no tener mucho gasto,
se limpiaba con la jerga
o se arrastraba po el pasto.

Usaba el agua salobre
pa no gastar en salmuera,
y llevaba sus apuntes
en unas hojas de higuera.

Pitaba piola picada,
hacía vino con tomate
y en unos botines viejos
era que tomaba mate.

Con cerda y lana de oveja
hacía cabrestos y lazos
y andaba en caballo herrao
pa no gastarle... los vasos.

Montaba con una silla
pa conservar el estribo,
y una vez perdió un dinero
por no entregar... el recibo.

Y al final, en un arroyo,
como no quería dar nada,
por no dar... un grito fuerte
lo llevó la correntada.

AL GAUCHO SIERRA

Amigazo: ya he mirao
la versada pistonuda
que usté, con juerza morruda,
en "El Pepino" ha largao
pa un dotor aficionao
a las costumbres de acá,
que cuando templao está
se olvida de sus leturas
y canta las aventuras
del hombre con chiripá.

Muy por demás he sentido
que el dotor esté ocupao,
con uno que se ha enfermao
de un daño que le han metido.
El dotor le ha prometido
de que se lo va a sacar,
y ansina le ha hecho tragar
dos coyundas y un sobeo,
pa enlazar el bicho feo
y en un petizo cinchar.

Por eso, me dijo al dir
pa casa del apestao:
contestale a ese mentao,
que yo no puedo escrebir.
Decile que al recebir
su diario tan bien escrito,

pegué tamañazo grito
por sus décimas de acero,
más finas que parejero
y más criollas que un ranchito.

Decile que esa mozada
enemiga del gauchaje,
no conoce el paisanaje
de esta tierra desgraciada.
Que se quedaría asombrada
si viese al gaucho cumplido,
lindo, bizarro, fornido,
generoso y de concencia,
redamando inteligencia
hasta pa dar un quejido.

Decile que ese gauchito
que monta el potro y lo doma,
el que corre por la loma
y duerme en cualquier bajito,
el que luchó bravo al grito
de libertar la Nación,
el que a golpes de facón
compró el derecho a su cuero,
es más hombre que el pueblero,
ha nacido más varón.

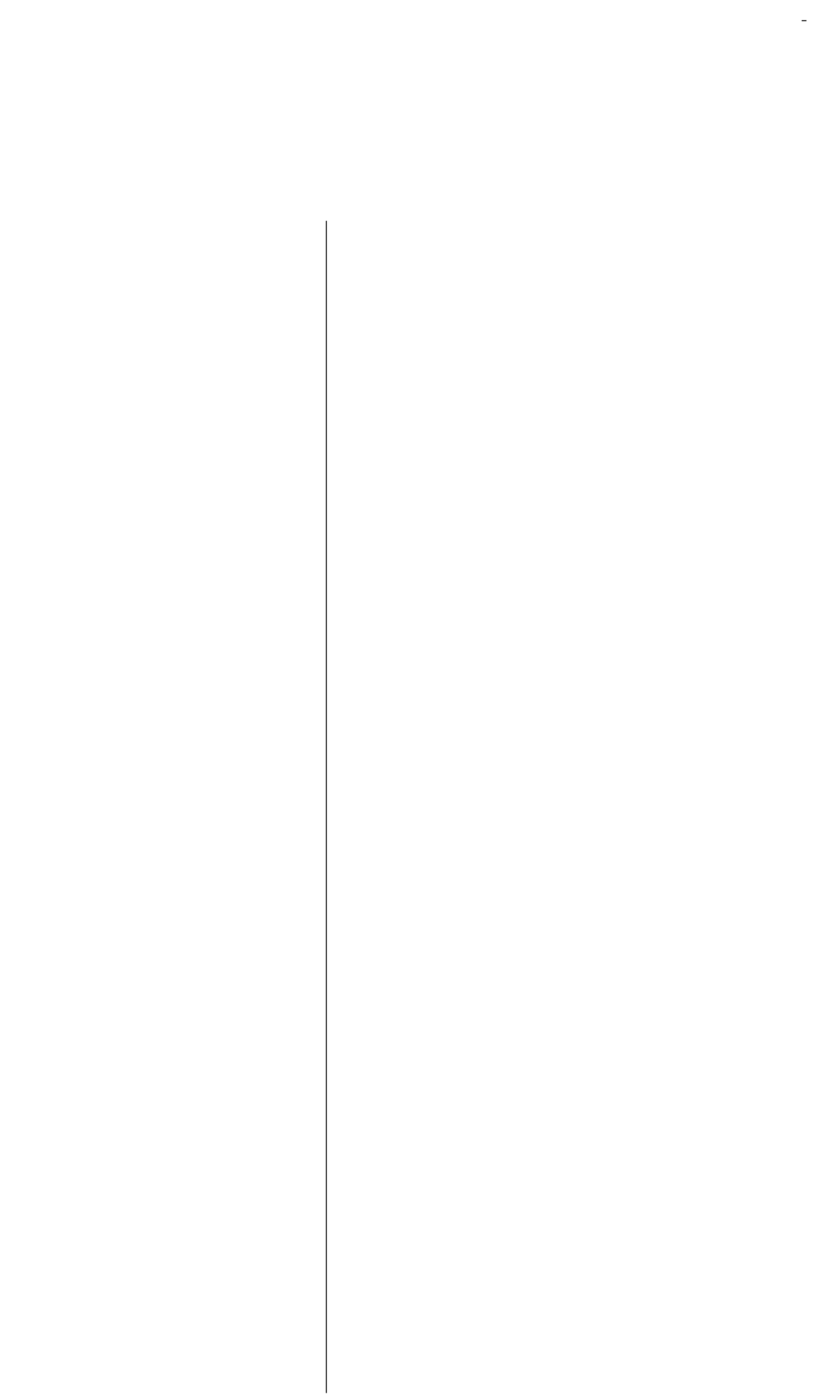
Decile que ese paisano
lleno de juerza y de vida,
es nuestra raza, crecida
entre los pastos del llano.
Decile que es nuestro hermano
con otra ropa vestido,

del que nos han dividido
vanidades que formamos,
por cuatro libros que hojeamos
sin haberlos entendido.

....
....

y el dotor salió corriendo
pa casa del desgraciao
que tiene un daño ensartao
con un empuje tremendo.
Y mientras voy escribiendo
estas letras que le mando,
él estará tironeando
con muchísimo tanteo,
pa ver si afloja el sobeo
y sale el daño bufando,

El pión del dotor.



EN VIAJE

En el tren de la Frontera
iban de viaje, solitos,
el inglés Guillermo Monis
y el gaucho Mariano Pitos.

Serio el inglés meditaba
sobre un negocio arriesgado,
de ganar veinte mil libras,
por prestar dos al Estado.

El gaucho se entretenía
en contemplar los paisajes
que asoman, llegan y pasan
en los carrileros viajes.

Y aburrido del silencio
de su mudo compañero,
a las seis horas le dijo:
Güenas tarde, aparcero.

Con mirada de balazo
se midieron los dos nenes,
y el inglés, casi entre dientes,
apenas respondió: Buenes.

—Ustè, que ha de ser nación
—siguió charlando Mariano—
sabrá por qué ese alambrao
lo han hecho tan chabacano.

Con unos postes grandotes
y dos alambres en yunta,
asujetaos en un palo
bien cerquita de la punta.

De siguro que el patrón
de esta estancia tan mentada
quiere que en campos ajenos
engorde su animalada.

O tal vez este estanciero
es pueblero invernador,
y por lerdo y maturrango
lo pitó el alambrador.

—No siñor; eses alambres
están colocades bien,
son les hiles que se llame:
telegrafe de la tren.

—No me embrome, don nación,
¿y pa qué tanto trabajo?
si el tren refala muy lindo
sobre los fierros de abajo.

Y dispara y se asujeta,
y vuelve a salir armao,
sin precisar para nada
los alambres del costao.

—Usté amigue, no comprende,
el alambre es por hablar
e decir: Ché, preparase,
la tren le voy a largar.

—¡Caray!... ¡a mí no me pita
si ya me habían contao
que los naciones charlaban
gritando en ese alambrao.

Una vez mandé un peoncito
hasta el fondo de la estancia,
y yo me juí a una cuchilla
a dos leguas de distancia.

Y bien juntito al alambre,
cuasi en los fierros trenzao,
le grité, como diez veces:
Ciriaco, ¿me has escuchao?

Pero el muchacho no oyó
ni palabra ni bufido,
y eso que se había ensartao
un alambre en cada oído.

Conque ansina ve, amigazo,
que su cuento es pura bola;
pensó echarla de coludo,
y yo le corté la cola.

—Dejaté re cecarear,
gauchiti moi compadrón,
orejes re galle vieje,
fache re chive rabón.

—No arrugue que no hay quien planche,
no cuelgue, que no es cencerro,
malacara mal lambido,
tuito afeitao a lo perro.—

Y en ese mismo momento
llegaron a una Estación,
donde el inglés muy callado,
bajó con su balijón.

—Adiós — le dijo Mariano —
no se me vaya enojao;
y si le ocurre algo grave,
hable por el alambrao.

HORAS DULCES

Con ardiente fantaseo
aquel dichoso domingo
Lauro engalana su pingo
para risueño paseo.
Lleva un brillante trofeo
de prendas en su tostado
y corona su recado
vestido de oro y de plata,
un sobrepuesto escarlata
de terciopelo bordado.

Luce con gracia y soltura
traje rural de paisano
que al campero veterano
le da vida y galanura.
Y al recorrer la llanura
y al pisotear la cuchilla,
cuando su flete amartilla,
parece el criollito Lauro
un elegante Centauro
engarzado en la gramilla.

Va con rumbo a la morada
de la dueña de su mente,
lo que con ansia vehemente
lleva en el alma clavada.
Hace al trote la jornada
y al acercarse al ranchito,

como quien guarda un delito,
suspira muy fatigado
y arregla bien su recado
en el último bajito.

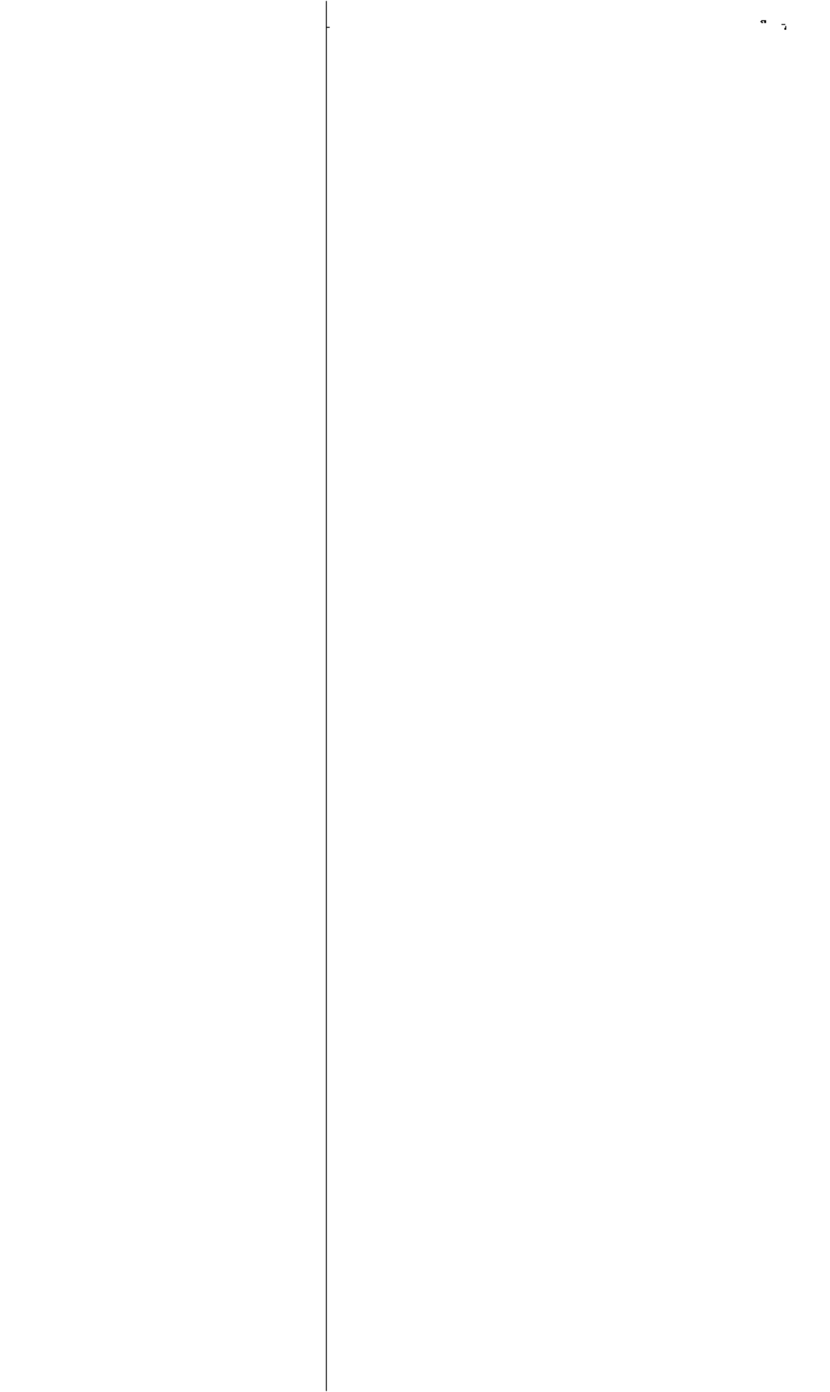
Llega. La sencilla gente
de aquella casa encantada
lo recibe entusiasmada
con amistad elocuente.
Lauro nota una corriente
que no puede dominarla
y aunque resuelve ocultarla,
cuando saluda a la rueda,
hay una mano de seda
que se estremece al tocarla.

Corre una brisa de amor
por el aire de la sala
que dulcemente resbala
entre sendas de rubor.
El acuerda con vigor
matar pueriles sonrojos;
pero al templar sus arrojos
para contar que delira,
la palabra se retira
y se avergüenzan los ojos.

Así se agita un momento
la pasión correspondida
y crece y toma más vida
y lucha con más aliento.
Vence al fin el sentimiento
como en forma de locura;
y en instante de ternura,

con frases tibias y pocas,
surgen de aquellas dos bocas
mil ofertas de ventura.

Poco después, embriagado
por una emoción extraña
cruza la verde campaña
el jinete del tostado.
Siente un algo delicado
que a definirlo no alcanza;
y con ruda faz avanza
mientras esconde silbando
recuerdos que van jugando
con una fresca esperanza.



A LOS REDACTORES DE "EL FOGON"

JULIAN PERUJO Y CALISTO EL ÑATO

Con generosa atención
y una fineza exquisita
me piden una cuartita
para prenderla al Fogón.
Esa hidalga petición
es un recursito al ñudo,
pues el empuje morrudo
de la yunta delantera
basta y sobra donde quiera
para salir de un peludo.

Ustedes que, en vigor pleno,
en mucho pago han corrido
y a la raya se han venido
haciendo temblar el freno.
Ustedes que tiempo bueno
han dado en toda ocasión
y que tienen con razón
fama vieja y pistonuda,
no necesitan la ayuda
de un potranco barrigón.

Pero, por corresponder
a tan honroso pedido
que debe ser recibido
con espontáneo placer,

me empezará a componer
poniendo cuidado y tino;
y aunque el éxito adivino,
ya que el momento me obliga,
levantaré la barriga
para entrar en el camino.

Lo que yo puedo pintar
con deslucidos colores
de los gigantes actores
que aquí supieron brillar,
lo que conviene enseñar
a los nacidos de ayer,
lo que se debe ofrecer,
lo que se puede decir,
hay que saberlo sentir
para llegarlo a entender.

Nadie levanta al gauchaje
entre la ciudad florida,
como bandera atrevida
de propaganda salvaje.
Se hace como un homenaje
merecido y natural
a la ley universal
que impone sin condiciones
tener vivas afecciones
por el suelo nacional.

En el poncho y en la bota
y en el cinto y en la espuela,
no va encerrada una escuela
de barbarie o de chacota.
Va el cariño del patriota,

va un recuerdo persistente
que, para honor del presente,
las grandes prendas demuestra
de una raza que es la nuestra,
viva, sensible y valiente.

Yo elogio la ilustración
y a sus ventajas me amparo,
como lo prueban bien claro
mi vida y mi profesión.
Pero la alta perfección
que en la cultura se encierra,
no ha sido grito de guerra
para matar en mi pecho
el gusto franco y derecho
por las cosas de mi tierra.

El verdadero adelanto
con la positiva ciencia
debe nutrir la tendencia
que da un sentimiento santo.
Y si con cruel desencanto
falsa civilización
pide su condenación,
no hay que aplaudir la proeza
de alimentar la cabeza
marchitando el corazón.

Ya ven que no me lastima
el que con golpe de clavo
me diga *gaucho* algún pavo
para ponérseme encima.
Llevo templada la prima
y no me pienso asustar;

ya terminé de ensillar,
tengo la rienda en la mano;
que suene el clarín paisano,
y empecemos a marchar.

POR ELLA

Rozando el pecho en la arena
sobre un bajo dilatado,
corre un arroyo asustado
como huyendo de una pena.
Una silvestre azucena
sonriendo en el borde está;
canta en el monte un sabiá,
y los ceibos, al dar flores,
bañan sus lindos colores
en suspiros de arazá.

Junto a la loma que baja
por la pendiente cercana
hay una vivienda humana
vestida de barro y paja.
La envuelve verdosa faja
de frescos saucos en flor,
y en un ombú protector
que no conmueve el pampero
cuentan los nidos de hornero
dulces historias de amor.

Vive en aquella morada
Pedro Sosa, un campesino
de chiripá de merino
y de melena rizada.
En su estudiosa mirada
y en su presencia imponente,

en su sonrisa elocuente
y en su lenguaje chistoso
se ve el tipo majestuoso
de una raza inteligente.

Piensa sin retroceder
dejar cachorros y cueva
porque imperioso lo lleva
muy lejos otro deber.
Entre congoja y placer
mira al pingo que lo espera,
toma el poncho, sale afuera,
y sosteniendo un combate
recibe el último mate
que le da su compañera.

Se aproxima la partida
y el tigre de la llanura
sabe rodear de ternura
su varonil despedida.
Monta con el alma herida,
sigue su rumbo derecho;
y en el bajo y el repecho,
cuando su cara levanta,
muestra un nudo en la garganta
y una esperanza en el pecho.

Después... con leal frenesí
y un entusiasmo tremendo
suena el clarín sacudiendo
los campos de Sarandí.
Pedro Sosa forma allí,
como un titán atropella,
contra el opresor se estrella

y al levantarse su brazo
parece que su sablazo
dijese altivo: ¡Por ella!

Miradle. No es el chacal
que confiado en la sorpresa
espera su fácil presa
tendido en el pajonal.
Es el paisano oriental
que sentimientos encierra,
lleva su sangre a la guerra,
lucha con ansia indomable
y compra a golpes de sable
la libertad de su tierra.



SIGA LA HUELLA

Serena noche de estío
sobre los campos gravita
y el fresco césped dormita
con arrullos del rocío.
La luna de su atavío,
tira girones al suelo;
y como inmenso pañuelo
de un polo al otro estirado
muestra su forro estrellado
el negro poncho del cielo.

En el llano y en la loma
con ademán soñoliento
deja la brisa su aliento
lleno de silvestre aroma.
Por todas partes asoma
una calma indefinida
y la canción repetida
del terutero risueño,
surge como tierno ensueño
de la campaña dormida.

Cual mensajera secreta,
que marcha con desconfianza,
mueve sus ruedas y avanza
una pesada carreta.
Su corpulencia de atleta
pide un viaje paulatino,

y al proseguir su destino
solitaria y lentamente
deja una huella patente
culebreando en el camino.

Aquella mole se agita
sobre piedras y terrones
cumpliendo las precauciones
que su masa necesita.
Salva una zanja maldita
con vaivén muy calculado,
ya se inclina de un costado,
ya se detiene en la brecha,
y al fin, entera y derecha
rueda en sendero trillado.

Salta del eje un lamento
con pretensión de gemido
y un invariable crujido
acompaña al movimiento.
Retumba el sonoro acento
del conductor majadero;
y como frase de acero
que se interpone tirana
va cimbrando la picana
sobre el hombro del carrero.

Llega a un paso y blandamente
como en terreno seguro,
sin atropello ni apuro
se desliza en la pendiente.
Corta la suave corriente
bañando a veces su lecho;
y un buen grito de provecho,

pegado a los delanteros
levanta los pertigueros
para subir el repecho.

El monótono rumor
de la marcha se acentúa
y tranquilo continúa
en el flanco el director.
Su alarde de trovador
queda pronto descubierto,
y formulando un concierto
de alegrías y pesares
desparrama sus cantares
en el medio del desierto.

Corren las horas cortando
la longitud de la vida
y blanca faja tendida
va el horizonte pintando.
Sale el sol con voz de mando;
y al despedir la alborada,
hace soltar la boyada,
ordenándole al carrero
que junte sobre su apero
fuerzas para otra jornada.

RENACIMIENTO

En la Criolla, Octubre de 1897.

Como si un broto de vida
sobre todo se extendiera,
pide al sol la primavera
su vestimenta florida.
La yerba buena dormida
deja su sueño inocente;
y decorando el ambiente,
quebrachos, molles y talas
sacuden sus nuevas alas
al borde de la corriente.

Suenan diversos acentos
en vertiginosa gira
y el zorzal presta su lira
para saturar los vientos.
La calandria con alientos
su mejor canción arranca
y el chingolo, en forma franca
cuenta sobre las colinas
que ha visto ya golondrinas
trabajando en la barranca.

Así, después del rigor
con que nos trató el destino,
vuelve a tomar su camino
la Criolla de nuestro amor,

Renace con el calor
de otra especial primavera;
y al levantar la visera
no tiene más pretensiones
que las firmes convicciones
escritas en su bandera.

Vuelve a encenderse el fogón
con cautelosa paciencia,
vuelve a sentirse la esencia
del sencillo cimarrón.
Vuelve a encontrarse en acción
el apero y sus alhajas;
y en las malvas y borrajas
muestran las marchitas hojas
las señaladas congojas
que les dejan las rodajas.

Vuelve el estilo a pedir
su lugar en la jornada
y la décima olvidada
vuelve otra vez a vivir.
La emoción al resurgir
su antiguo sendero agarra
y tendiéndose bizarra
llega, lozana y hermosa,
a suplicar cariñosa
que la copie la guitarra.

Pero, en estas impresiones,
tan rurales como viejas,
no caben las bravas quejas
de los urbanos campeones.
No se buscan sensaciones

por buscarlas solamente,
se buscan porque se siente
la atracción de ese pasado.
cuna de un tipo formado
para gloria del presente.

¡Ay, del que llegue a perder
las afecciones del suelo
y que mire con recelo
lo que fue su raza ayer!
Ese no puede tener
patriotismo verdadero,
ese no es más que viajero,
fabricado de granito,
ese es un hijo maldito
con corazón de extranjero.

Los que otra ilusión soñamos,
los que otra pasión sentimos,
con nuevos fuegos venimos
y aquí resueltos estamos.
Tranquilamente esperamos
las descargas enemigas,
y no guardamos fatigas
para que luche y proteste
la enseña blanca y celeste
con la diagonal de Artigas.

¿POR QUE?

En la extensión dilatada
de verde pasto cubierta,
en la superficie abierta
de la campaña quebrada,
en la inmensidad regada
por el sosiego inaudito,
como capricho fortuito
surgido de vez en cuando,
dos ranchos se están mirando
al través de un arroyito.

En uno nació Julián,
el doncel de la pradera,
gaucho de frase sincera
puesta en cuerpo de titán;
en el otro con afán
dieron el pecho a Ramón,
un fornido mocetón
de trato sencillo y llano,
tipo hermoso de paisano
por estampa y corazón.

Juntos sintieron pasar
entre el ruido de la estancia,
los abriles de la infancia,
las caricias del hogar;
juntos pudieron mezclar
sus expansiones nacientes,

juntos miraron ardientes
sus dolores y alegrías,
juntos llenaron sus días
con sus juegos inocentes.

Y al pisar en el abismo
de la lucha por la vida,
donde tiene su guarida
la legión del egoísmo,
rayaba en el fanatismo
la unión de sus afecciones
y las mismas emociones
brotaban entrelazadas
en dos mentes vinculadas
por iguales impulsiones.

Pero, la guerra civil
vino, repleta de saña,
a sacudir la campaña
con un empuje febril.
Y el arrojo juvenil
de la pareja mentada
dejó una historia cortada
al usar en forma franca,
Julián la divisa blanca,
y Ramón la colorada.

Los ejércitos contrarios
se hallan en frente, por fin,
y pide sangre el clarín
por dos trapos funerarios.
Con bríos extraordinarios
se columpian las melenas
y sembrando luto y penas,

al escuchar voz de mando,
van las lanzas viboreando
por ambiciones ajenas.

En la ruda dispersión
de aquel combate imponente
Julián se vio de repente
cara a cara con Ramón.
Una extraña sensación
vino el cuadro a colorar
y llegándose a abrazar
sin reparos ni testigos,
se dijeron los amigos:
¿Por qué nos hemos de odiar?

SIN DERECHOS

Como gladiador cansado
pierde las fuerzas el día,
perfumando su agonía
el fresco soplo del prado.
Queda el Oriente pintado
por penumbras, con derroche;
y en actitud de reproche,
cuadrado el sol, de soslayo
recoge su último rayo
al presentarse la noche.

Con nuevo impulso verdea
la flora de la campaña,
quebrando con faz huraña
despojos de luz pigmea;
el pastizal parpadea
sobre la inculta colina,
y mientras todo declina
en las regiones campestres,
sueltan las aves silvestres
su plegaria vespertina.

Por apretado sendero
sale del monte un jinete
rompiendo el tupido brete
del pajonal majadero.
Teme, recela y ligero,
casi en pleno desvarío

lo tira al campo y al río,
por izquierda y por derecha,
una mirada de flecha
que va a sondar el vacío.

Es desertor. Su delito
le impone firme misterio
y huyendo del cautiverio
anda sin rumbo y solito.
Por las penurias marchito
busca saludable riego;
y en brutal desasosiego
cuando el sentimiento brama,
oye un rancho que lo llama
con clamoreos de fuego.

Allá va. Sabe seguro
que el sable lo pastorea,
que es desigual la pelea,
que es muy amargo el apuro.
Pero, gaucho fuerte y duro
lleva un propósito fijo,
guarda un tierno regocijo
que lo arrastra desde lejos.
hay en el rancho dos viejos
que no los olvida el hijo.

Entre dudas y temores,
pisa la choza querida
donde sembró su partida
desalientos y dolores.
Toca a sus progenitores
con sobresalto sincero;
y en el silencio campero,

como indudable noticia,
salta un franca caricia
que se le escapa al matrero.

Es muy corta la visita
porque lo quiere la suerte,
pues un pampero de muerte
sobre su cuerpo palpita.
De la pareja bendita
se despide sin rudeza;
y consumiendo entereza
para tornar al retiro,
monta bordando un suspiro
con hebras de su tristeza.

Vuelve solo a la guarida
conquista de independencia,
preparado a la violencia
y a vender cara su vida.
Nadie lo ampara ni cuida,
nadie le ofrece perdón,
que la carne de cañón
y el siervo de mil señores
no tiene más defensores
que su astucia y su facón.

DE VUELTA

En la verde inmensidad
quedan los ayes grabados
y ranchos abandonados
lloran su cruel soledad.
La amarga fatalidad
posa su garra pesada
dejando senda marcada
entre zarzales y abrojos,
con rastros tibios y rojos,
de la sangre derramada.

Pero el iris aparece
con majestad corpulenta,
palpa su fin la tormenta
pierde vigor y fallece.
Un anhelo reverdece,
no se le puede olvidar,
y al sentirsele vibrar
besando las banderolas
se tiran las tercerolas
para volver al hogar.

Así, Juan Pérez, soldado
de brava caballería,
va en un moro de su cría
rumbo al ranchito soñado.
Marcha, se acerca, templado
divisa con sus miradas

las tranquilas hondonadas
de las costas de Marincho,
y el moro larga un relincho
con las orejas paradas.

Galopa. Ya está cercano
el gozo que lo recrea,
sujeta el flete, se apea
y queda mudo el paisano.
En su semblante serrano
no muestra duelo ni palma,
pero al buscarse la calma
que lo consuele y reintegre,
traga una lágrima alegre
que la recoge en el alma.

Fue a combatir como bueno
por sus puras convicciones
estrangulando afecciones
que conservaba en su seno.
Cargó resuelto y sereno
sin jamás retroceder;
y jugó todo su haber,
vendió sus horas felices,
para ganar cicatrices
al cumplir con su deber.

¡Pobre gaucho! ¡si al sacar
su sable por su bandera,
fuese algo más que escalera
donde otros van a pisar!

. . . .

Los que lo saben buscar
para hacer una patriada

sepan que aquella carnada
suculenta y desprendida,
tiene una choza querida
que no la cambia por nada.



MANCHITA

Meditabundo celaje
pinta todos los confines
y aparecen macachines
retozando en el follaje.
Salpican sobre el paisaje
las matas de mío-mío,
miran al sol con desvío
las gramillas que se encrespan
y los sauces se refrescan
con el hálito del río.

A la sombra del alero
está solita y sentada
una morocha brotada
entre el perfume campero.
Toca con golpe certero
las cuerdas del instrumento;
y reflejando en su acento
sus más limpias emociones,
tira rurales canciones
rellenas de sentimiento.

Allí van entrecruzadas
en tristes y vidalitas,
calandrias y margaritas
rancherías y cañadas.
Aunque saltan dispersadas
y en completa confusión,

8

salen con tanta pasión
que retratan con anhelo
un pedacito de suelo
plantado en el corazón.

¡Qué hermosa! ¡qué linda está
esa trigueña cantora
con su frescura de aurora
y entonación de sabiá!
Es flor de mburucuyá
que donde toca se aferra,
es un clavel de la sierra,
es cuadro sobresaliente
esa morocha que siente
las cositas de su tierra.

AL DOCTOR MANUEL CACHEIRO

Le quedo reconocido
por su recuerdo atencioso
que tiene el jugo sabroso
del suelo donde ha nacido.
Quien el terruño ha sentido
debe mirar para atrás
y sin aflojar jamás
decir claro y satisfecho:
Pasión que guardo en mi pecho
cada vez te quiero más.

Usté, doctor, que ha viajado
por el mundo del progreso
y que tuvo a su regreso
la sensación del pasado,
puede contar que ha soñado
con el rincón nacional,
donde cimbra el totoral
a los golpes del pampero,
donde se luce el boyero
y retruca el cardenal.

Donde planta trepadora
sobre el blanquillo camina,
donde el quebracho se empina
en tanto que el sauce llora,
donde fabrica la flora
silvestres emanaciones

que extienden las virazones
sobre los campos tranquilos,
donde se cantan estilos
y se bailan pericones.

Donde hay leyendas cuajadas
de criollaje memorable
que decretó con el sable
las libertades ansiadas,
donde en cerros y quebradas
vive una raza esplendente,
raza sensible y ardiente,
mezcla de afán y recelo,
con un pedazo de cielo
reverberando en su frente.

No sé si en otras regiones
donde la vida es ficticia,
la falsedad acaricia
a las débiles pasiones;
pero sé que los gauchones
vienen de hidalga semilla
y que el tipo cajetilla
con su casta y su saber
tiene mucho que aprender
de los hombres de golilla.

BARBARIE

En el bosque guarnecida
entre maciza arboleda,
donde la yerba se enreda
con exuberante vida,
donde el ave presumida
sacude el limpio plumaje
y afinando su lenguaje
llama, provoca y responde,
una picada se esconde
bajo el dosel del ramaje.

De ella sale Barragán
y a ella se acerca Corrales,
dos paisanos colosales,
dos cachorros de titán.
Desde mucho tiempo están
resentidos con pasión
y se guardan prevención
odiándose mortalmente,
porque el rencor puso el diente
sobre pechos de varón.

Se aproximan y al instante
basta sólo una mirada
para dejar concertada
la solución terminante.
Ruge tenaz y vibrante
aquel encono tirano;

y llenos de empuje insano,
retados a crudo duelo,
los dos se tiran al suelo
con el facón en la mano.

Frente a frente, sin ventaja,
empieza la brava lucha,
y el chocar duro se escucha
del que tira y del que ataja.
La vista firme trabaja
por dar fieles derroteros,
y al ir los golpes certeros
marcando las puñaladas,
quedan de rojo pintadas
las hojas de los aceros.

Cruzan el aire puntazos
que van zumbando furiosos,
y se rajan los colosos
con formidables hachazos.
Crujen los potentes brazos
por tener el alma fuerte;
no fija giros la suerte,
pero se ve dibujada
que está en los tajos colgada
una sentencia de muerte.

Atacan... quedan parados...
vuelven con perseverancia...
recuperan la distancia
jadeantes y ensangrentados.
Después... de pelear cansados,
ponen el punto final;
y en su rumbo cada cual,

aunque con fibras rendidas.
va a curarse sus heridas
en medio del pajonal.

. . . .
. . . .

Así entienden los vecinos
de nuestra bruta campaña
los duelos que en forma extraña
celebran en los caminos.
Sin poderes ni padrinos,
ni traje, ni director,
ni botiquín, ni doctor,
ni actas que van a los diarios
como justos corolarios
de las leyes del honor.

FLOR DEL CAMPO

Meció su cuna el pampero
sobre silenciosa loma
zahumada por el aroma
del torongil y el romero.
Brotó robando al lucero
sus más relucientes rayos,
tejió la flora los sayos
que orlaron su galanura
y creció con la frescura
de los campos uruguayos.

Allí, en el pobre desierto
corrió su vida sencilla
enredada en la gramilla
del terreno descubierto.
Rozó su pecho inexperto
la sombra de un rumor vago
y contestando a su halago
vióse pronto convertida
en violeta preferida
por los donceles del pago.

No se bosqueja en su frente
la causa de su martirio,
no comprende aquel delirio
engendrado de repente.
Pero poderosa siente
una lozana impresión,



la guarda envuelta en pasión
y con acento que quema
se la cuenta a la alhucema
a la salvia y al cedrón.

En el silvestre pensil
la flor luce su hermosura
y es reina de la llanura
por fragante y por gentil.
Su perfume juvenil
con deleite se respira
porque con alma suspira,
porque con fe siente pena,
porque quiere como buena,
porque no tiene mentira.

SIEMPRE

Después de forzada ausencia,
lejos del hogar primero,
el hijo del estanciero
vuelve a la grata querencia.
Fue a nutrir su inteligencia
entre las luces y el ruido,
fue al archivo presumido
donde lo mejor se encierra;
y la roca de la sierra
viene diamante pulido.

Pisa de nuevo el terreno
donde sano y vivaracho
corrió descalzo el muchacho
con natural desenfreno.
Respira en el pago ameno
dentro del rancho pajizo,
palpa el delirado hechizo
de azotar con el rebenque
los palos de aquel palenque
donde ensilló su petizo.

Y anegado en emoción
sin reticencias exclama:
Es mi pasado, me llama
con seductora atracción,
es la florida impresión
que mi nostalgia marchita,

es la fresca margarita
con apariencias de cardo;
yo la recojo y la guardo
como sirena bendita.

En lo que pude saber,
en lo que pude abarcar,
mucho logré conquistar
de lo ignorado hasta ayer;
pero no llegué a entender
cómo alcance a intervenir
la idea para invertir
lo que el sentimiento escuda;
se enseña a matar la duda
y no se enseña a sentir.

¡Vengan mis viejos anhelos!
vengan mis lindos abriles,
mis ensueños juveniles,
mis arrogantes consuelos!
Yo los besé en mis desvelos
con inmenso frenesí,
siempre conmigo los ví
atados con lazo estrecho;
¡Vengan... que hay sitio en mi pecho
y ya no se irán de mi!

Poco importa el vocerío
de cavilosos censores,
yo desdeño sus temores
y sus dardos desafío.
Por ser hermoso y ser mío
esto, con fe, me arrebata;
y sólo mente insensata

podrá encontrarle mancilla,
porque valgo con golilla
lo que valgo con corbata.

El riego de ilustración
permite ser uno el mismo
salvo... convencionalismo
de insostenible razón.
Quebrando la tentación
de viento enfermizo y vano,
aunque se remonte ufano
hasta las cumbres el vuelo,
se puede adornar el cielo
con los recuerdos del llano.

ORO VIEJO

Cerca del móvil juncal
que con silueta gallarda
limita en forma de guarda
la alfombra del pastizal,
hay un albergue rural
en donde vive sonriente
un ejemplar resistente
de nuestras cosas primeras,
con setenta primaveras
arrugadas en la frente.

Aún sacude su pupila
la estela del tiempo muerto
cuando en el espacio abierto
giró su vida tranquila;
y todo aquello desfila
rebosando de ventajas,
con barullo de sonajas
columpios de pontezuelas,
bordoneos de vihuelas
y crujidos de rodajas.

Aquel cuerpo modelado
por inmejorable artista
fue aquilón en la conquista
de su derecho vejado.
Con el brazo arremangado
sintió el clarín de ordenanza

y sin rencor ni venganza,
sobre resbaloso lomo,
contestó a la voz del plomo
con los botes de su lanza.

Nacido para señor
de la selva que domina,
ha sembrado la colina
de hidalguía y de valor.
Hombre de alma superior
supo ser noble y austero,
su palabra fue de acero,
no precisó documentos
y cumplió sus juramentos
como el mejor caballero.

....
....

Hoy no vale una pitada
porque no se necesita,
hoy es de raza maldita
que no sirve para nada.
Si tuvo alguna jornada
de la que quede el reflejo,
es sólo recuerdo añejo
que debe ser olvidado,
aunque sea oro sellado
es oro... bastante viejo.

SINTIENDO

Ha vuelto al pago. Se viste
con el color de la pena,
y su mirada serena
tiene fulgores de triste.
Una congoja persiste
a la que rinde tributo,
la busca en cada minuto
porque al tocarla se alegra,
y lleva el alma más negra
que su golilla de luto.

Sabe que entre el paisanaje
se refiere y se comenta
una tragedia sangrienta,
mentada en aquel paraje.
Y aunque le sobra coraje,
no puede dar al olvido
que el muerto, por él sentido
con invencible lamento,
le dio la vida, el sustento,
caricias y un apellido.

Nada achica su dolor,
nada rebaja su duelo
y sólo anhela el consuelo
de encontrar al matador.
Por eso anda en derredor
del vagabundo homicida,

para cobrarle una vida
que debe pagar resuelto,
golpe por golpe, sin vuelto,
y herida por cada herida.

Recorre día tras día
los sitios más frecuentados
escudriña los bañados,
revisa la serranía;
y cuando el sol se desvía
tendiendo su cola oscura,
él con amarga ternura
pasa la noche en los bajos,
contando cientos de tajos
que abren una sepultura.

Al fin, en un totoral,
adorno de una cañada,
tuvo la dicha deseada
de dar con el criminal.
Brilló el hambriento puñal
para ultimar al matrero,
cuando el grito lastimero
de un niño dijo: ¡lo mata!
...¡deje vivir a mi tata
porque yo mucho lo quiero!

Quedó el brazo detenido
y el vengador sintió chucho...
—¿Con que vos lo querés mucho
a este terrible bandido?
Si cobro lo que he sufrido...
...dejuro... vos lo pagás...
yo no soy malo de más...

y aunque muy poco me cuadre,
borrego... te dejo padre
porque vos lo precisás.

Montó a caballo en seguida
sin mirar al asesino
y emprendió nuevo camino
para su casa afligida.
Ya no estaba comprimida
el alma del hijo ardiente;
y refrescaba su mente
pensando que había salvado
de que le hubiese pagado
un hijo que era inocente.

A LA SOCIEDAD CRIOLLA

PARA TI

En su 6º aniversario.

Tengo en el bosque del alma
y con placer cultivados
yuyos que están impregnados
de persistente verdor,
yuyos de espeso follaje
y de prensoras raíces,
yuyos que en horas felices
suelen llegar a dar flor.

En ellos rueda la savia
de la primera sonrisa,
la que despertó sumisa
en los pliegues del capuz,
la que nació sin saberlo
para ser inextinguible,
huella que en placa sensible
dibujó un rayo de luz.

En ellos vive galana
derramando consistencia
la más delicada esencia
de gratísima visión;
aura que rompiendo el éter

para quebrarse en el suelo
cayó sin ningún recelo
en cáliz de corazón.

Por ellos va circulando
entre fresca clorofila
la imagen que mi pupila
robó al agreste vergel,
copia de un mundo brillante
sobre sangre recibida
y en cierta fibra esculpida
por primoroso cincel.

Hoy que cumples tus seis años
en perpetua primavera
dejar constancia quisiera
de lo que palpita en mí.
¿Qué te ofrezco?... Tú bien sabes
que mis afanes son tuyos;
con las flores de mis yuyos
hago un ramo para ti.

OFRENDA

En el 7º aniversario.

Está sentada bajo la sombra
de ceibo que abre su flor carmín,
y se deleita pisando alfombra
de grama, trébol y macachín.

Entre sus trenzas ,juegan claveles
con margaritas del pastizal,
oyendo el ruido de cascabeles
que en la garganta mueve el zorzal.

Blanco y celeste luce un vestido,
plagiado al cielo que la cubrió.
y hacia la izquierda guarda un latido
detrás de banda color punzó.

En sus oídos zumban floreos,
donde se mezclan con esplendor
de la calandria los bordoneos
y las endechas del payador.

Tiene en su aliento todo el aroma
del espinillo y el arazá;
y su mirada puebla la loma
con el centauro del chiripá.

Altiva pide, serena manda,
muestra osadía nada común,
pero ha encontrado la tierra blanda
donde los sauces lloran aún.

Donde el jinete de crudas botas
sacude al potro su espesa crín,
para ofrecernos cadenas rotas
junto a la tumba del paladín.

Ella se nutre de una tapera
en que leyendas hay a granel,
y está repleta su cartuchera
contra el que osare tocar su piel.

Cumple siete años brindando vida,
siempre gallarda, siempre gentil;
vaya mi nota la más sentida,
hoy que incorpora su nuevo abril.

Y al verla hermosa, fresca y sonriente,
cual la he soñado con gran pasión,
le engarzo un beso sobre la frente,
beso de inmensa satisfacción.

UNO MAS

En el 8º aniversario.

Voy a buscar en la selva
entre yuyales tejida,
la fragancia desprendida
de su alambique gentil;
vapores que van saliendo
de la silvestre maceta
con suspiros de violeta
y aliento de torongil.

Voy a pedir a los rayos
que prodigan sus primores
los más lucientes colores
de la paleta rural,
espectro que se derrama,
como eterna catarata,
con margaritas de plata
y ceibales de coral.

Voy a escoger en el seno
de los bosques virginales
las veladas musicales
de campestre inspiración,
donde la calandria bate
su primorosa bordona
y donde el boyero entona
su más sentida canción.

Voy a sacar del recuerdo
nutrido por la leyenda
hojas de lucha tremenda
narrada con frenesí,
donde el coraje uruguayo
por libertar su regazo
compró pedazo a pedazo
en Rincón y Sarandí.

Voy a sondar sin reparo
lo que albergue mi cariño
de las horas en que el niño
balanceaba en un corcel,
y saltará delicada
una emoción imponente,
que el corazón nunca miente
cuando sólo habla por él.

Y aromas, cantos, colores,
recuerdos y sentimientos,
atados sin ornamentos
con lazos de patrio amor,
en su octavo aniversario
placentero y satisfecho,
los prendo sobre tu pecho,
como mi ofrenda mejor.

A LOS NUEVE AÑOS

Con los anhelos cribados
bajo sauzales frondosos,
con los suspiros lujosos
de los campos perfumados,
con los idilios bordados
entre horizontes risueños,
con los bizarros empeños
de una visión encendida,
tejió el destino tu vida
sobre una cuna de sueños.

Y disipando el celaje
de convencional escollo,
fuiste galano pimpollo
con rocío de coraje.
Te ofrecieron homenaje
la colina y la hondonada;
y hasta en la zona poblada
diste brillo a tu divisa
con la fe de tu sonrisa
y el puñal de tu mirada.

Eras impulso nacido
de sensación primorosa,
eras la fuerza mimosa
que ata las pajas del nido.
eras el astro teñido
con atrayentes matices,

canto de notas felices,
musgo con ansia de helecho
que entre las piedras del pecho
clavó sus hondas raíces.

Así corrieron tus horas
por allanado camino,
con el ambiente genuino,
de boyeros y totoras;
y así constantes auroras
cincelaron con tesón,
en tu elegante pendón
celeste, blanco y rubí,
el más fino ñandutí
que luce tu galardón.

Yo, decidido soldado
de tu legión entusiasta,
admirador de tu casta
y de su altivo pasado;
yo, que tu rumbo he pisado
con emoción palpitante
hoy, al mirar que arrogante,
flota entre lauros tu emblema,
de tu bruñida diadema
cuelgo mi aplauso vibrante.

A LA CRIOLLA

Mayo 25 de 1906.

Como miraje atrayente
vive a la memoria atada
una nube sonrosada
que vuela sobre mi frente.

Ella formó su textura
de los halagos crecidos
entre horizontes vestidos
con brumas de la llanura.

Ella cortó su atavío
de la extensa y verde tela
que la alborada cincela
con diamantes de rocío.

Ella tejió su color
con la sangre de ceibales
y con los limpios corales
de margaritas en flor.

Ella decoró su encanto
pidiendo al monte galana,
la niebla de la mañana
para salpicar su manto.

Ella regó su alegría
con las escalas sonoras
que hacen las aves cantoras
cuando se despierta el día.

Ella nutrió sus veladas
con las endechas bruñidas
que se columpian sentidas
entre las cuerdas templadas.

Ella vio su masa llena
con el león de la cuchilla,
el de flotante golilla
y de peinada melena.

El de pecho siempre abierto
el de brazo reforzado,
el señor cristalizado
para adornar el desierto.

El que puso sin desgano,
por libertar su esmeralda,
la carabina a la espalda
y el filoso sable en mano.

. . . .
. . . .

Tú que has visto en mi mareo
a esa nube prepotente,
sabes que es mucha y ardiente
la impulsión de su aleteo.

Por guardar caros despojos
dentro de sutil redoma,
por ser joya de la loma
donde se abrieron mis ojos.

Y ese delirio montés,
alzado en vientos risueños
es mi corona de sueños
que hoy deposito a tus pies.

HOY

25 de Mayo de 1907.

Esa cinta engalanada
con flores frescas del monte,
que pintó en el horizonte
la luz de esta madrugada;

Ese vapor de la tierra
que fue a refrescar tu nido
con el aliento pedido
a los claveles de sierra;

Esa virazón salida
de los desiertos verdores,
como guirnalda de amores
entre los campos dormida;

Ese murmullo hechicero
que anunciando la mañana,
fue a sacudir tu ventana,
con la canción del hornero;

Ese rumor intranquilo,
como de pena encubierta,
que dejó al pie de tu puerta
la vibración de un estilo;

10

Esa copia de ladera
que transportó, fuerte y solo,
con su clarín el chingolo
sobre tu altiva cumbrera;

Ese elegante pertrecho
de jazmines y amapolas,
tibio collar de corolas
que tiemblan sobre tu pecho;

Esa chispa persistente,
llena de esencia suprema,
que se engarza en tu diadema
para denunciar tu frente;

Ese cordón de impresiones
rodando bajo tu alero,
con arrullo romancero
del humo de los fogones;

Esa huella placentera
de atavismos perfumados,
que son recuerdos atados
con lazos de tu bandera;

Ese zalamero halago
que escintila en tu mirada
cuando se ve circundada
poi las leyendas del pago;

Y esa pasión en que gozas,
esa que hoy, alegre y grata,
entonó una serenata
frente a tu rancho de rosas;

Son la ofrenda obligatoria
que tus trece años florean,
son mis ansias que aletean
sobre tu fecha de gloria.



MAREO

Traza el alba suavemente
su pincelada lozana
y se asoma la mañana
por la puerta del oriente.
Alzan los pastos la frente
desperezándose inciertos,
los macachines despiertos
abren sus blancos foliolos
y pregonan los chingolos
la diana de los desiertos.

Hay en la verde extensión
un rancho alegre perdido,
donde la noche ha vivido
horas de amena impresión.
Allí vibró el pericón
con relaciones y ruedas,
allí temblaron vihuelas
para lucir gallardía,
hasta que la luz del día
vino a marchitar las velas.

Teodoro ha visto rodar
en vaporosa cascada
horas de marca soñada
que no se puede pintar.
Aunque resuelto a luchar
notó su fuerza imponente;

y arrojado en el torrente
sin rumbo, leño, ni bote,
se fue... como camalote
que lo lleva la corriente.

Pero se dora la cuesta
de brumas camperas llena
y la claridad ordena
que se termine la fiesta.
Guarda la cansada orquesta
sus tan repetidos sones,
se agradecen atenciones,
y en los pingos escarceando
salen los grupos buscando
sus distintas poblaciones.

Allá va, junto a la prenda
de filigrana con oro
el paisanito Teodoro
prisionero en la contienda.
Se empeña por darle rienda
a la pena que lo embarga;
y cuando el pecho descarga,
ve flotar por la llanura
indescriptible dulzura
que tiene sello de amarga.

Llega al rancho. En el jardín
deja la flor pretendida
y con tierna despedida
se separa el bailarín.
La memoria del festín
cada vez más pura brilla:

y a impulsos de pesadilla
que la forja una muchacha,
allá va un alma borracha
trotando por la cuchilla.

AL DR. MARTINIANO LEGUIZAMON

En la Sociedad Criolla.

Un rancho solo, un hornero
que canta encima de un nido,
un espinillo florido
besado por el pampero,
un rumor bajo el alero
con leyendas de la sierra,
una golilla que encierra
toda la fibra de un bando
y una bordona cimbrando
sobre el amor de la tierra.

Dentro hay un foco encendido
que sus destellos derrama,
haciendo clarear la fama
del contacto que ha sentido,
que como facón pulido
tiene brillo hasta en la cruz,
que desmenuza un capuz
para mostrarnos alhajas
y que atraviesa las pajas
con puñaladas de luz.

Esa vivienda retrata
una regional simiente
que fue la fecunda fuente
de las orillas del Plata;

manantial con fuerza innata
para imponer su nivel
y que, anhelando el laurel
de las libertades plenas,
dejó salvos de cadenas
a los reyes del corcel.

Y el foco que la ilumina
con fulgor exhuberante
es un cerebro arrogante
lleno de savia argentina,
es ese Montiel que trina
en su entrerriano regazo,
ese gallardo chispazo
que donde roza cautiva,
ese que al *alma nativa*
le robó el mejor pedazo.

Nosotros, admiradores
del rancho y de su cortejo,
laguna que da el reflejo
de nacionales colores,
ante la luz, muchas flores
ponemos en este día,
no flores de cortesía,
sinó flores con halago
de un yuyo que en este pago
se le llama Simpatía.

ENTRE DOS GAUCHOS

PAYADA

—Metele uña al encordao,
empareja el gallinero
y atropellame ligero,
que aquí me tenés plantao.
No soy tigre retobao
ni trabuco llovedor,
pero me hago tirador
por ver si algunas emboco
y cuando reculo un poco
es pá afirmarme mejor.

—¡Ah, taura!... ¡qué convidada!
parece marcha peluda,
en que se ha cansao la muda
y tuito es pura parada.
Güeno, agarrá la bolada
ya que tan filoso estás,
echate el sombrero atrás,
y sin dar güeltas al cuete,
decí qué laya de flete
es el que te agrada más.

—¡Caray!... no me hagas toser
que pongo cara de viejo,
me gusta el flete parejo
como cancha de correr,

coscojero hasta pa oler,
que responda si le dentro,
y que ajuera o en el centro
cuando se tope a una china
vaya sacando una espina
que le estorba en el encuentro.

—Atá el cuzco que no ladre,
tirá los panes quemaos;
con esa tropa de ahijaos
tenés que ser muy compadre;
y aunque tal vez no te cuadre,
contestá en pocos minutos
por qué dotores o brutos,
en el pueblo o campo llano,
le salen siempre al cristiano
tantos amigos fallutos.

—¡Pucha!... me cargaste fiero
como peludo que escarba,
te me has subido a la barba
como piojo parejero.
Eso es barro verdadero
pegao en cada segundo,
porque ya es viejo y profundo
que el cristiano, gordo o flaco,
es el bicho más bellaco
que hay en la estancia del mundo.

—Medio has salvado el barrial
y por música me has dicho
que el cristiano es el pior bicho
de tuitos los que hacen mal.
En tu lenguaje bagual,

torcido como sobeo,
dale gusto a mi deseo
de preguntarte y saber
si eso que llaman mujer
está en el mismo rodeo.

—Aura me vas a espulgar
pa saber si es lindo el queso,
pero... lo que yo sé de... eso
no te lo puedo enseñar.
Me has querido madrugar
pa que de golpe te cuente
si es que la mujer es gente...
güeno... y a vos ¿qué te importa?
cada cual coma su torta
como le permita el diente.

—Ya encontrastes un portillo
pa salır de la manguera
y te largás campo ajuera
juyendo de mi cuchillo.
Juntá las tabas, potrillo,
si te tenés por robusto,
y si el empacho de susto
no te dejó aflojador,
decime de qué color
es el pelo de tu gusto.

—No entreverés las haciendas
que el aparte da trabajo,
no dejés el freno abajo
porque se ensucean las riendas,
no me confundás las prendas
de plata y oro bordao

con componete platio,
que el naco de tu yesquero
es un mozo forastero
que naides me ha presentao.

—Y voy a decirte duro
el pelo que más me agrada,
de las vacas la chorriada
de los pingos el oscuro,
de las muchachas, dejuro
con cualquier color me amuelo
perdices que cain al vuelo
no se averigua el estao
y a mancarrón regalao
nunca se le mira el pelo.

—Está visto que sos loro
ladino y muy chacarero,
si ansina sos de ternero
que te aguante otro de toro.
Tenés lengua de tesoro
pa cansar... no hay como el lazo;
y aunque ensillés el picazo,
te convido pa la juida,
que la gente de aburrida
nos va a tirar un balazo.

AL PASAR

Con el magno cortejo
de sus blasones
guardado por calandrias
que bordan flores,
al golpe amargo
de un tiempo que lo arroja,
se va el paisano.

Lleva sobre su flete
las gayas prendas
que lució en las reuniones
de las carreras;
y se incorpora
como rey que no quiere
dar su corona.

Va quebrando el herraje
las llamaradas
de un sol que se refleja
sobre oro y plata;
batiendo el freno,
contestan las coscojas
al escarceo.

Cubre el poncho nativo
su cuerpo rudo
y un chiripá bordado
duerme en sus muslos,

mientras la brisa
desenvuelve los pliegues
de su golilla.

Complementa la bota
cruda y sobada
una espuela en que baila
fuerte rodaja;
y el viento altivo
no arranca las amarras
de su barbijo.

Ha puesto en las maletas
sus horas grandes
impregnadas con gotas
de sus cantares;
libro completo
de expansiones soltadas
bajo el alero.

Con ellas van las dichas
de otros instantes,
entre sauces movidos
por los zorzales,
cuando cruzaba
desparramando luces
la madrugada.

Con ellas se confunden
las armonías
que, arando en tierra virgen,
pidió a su lira;
notas que ocultan

tristezas de la tarde
llenas de bruma.

Con ellas van espinas
color granate,
pintadas con extracto
de duelo y sangre;
coro de penas
que cuentan los quejidos
de las taperas.

Con ellas marcha el brío
de un pecho sano
que trenzó sus aromas
dentro del rancho,
y fue a ofrecerlos
en cambio de aire libre
para su suelo.

Con esos atributos
se va el paisano
buscando entre la historia
su nuevo pago,
donde hará casa
con los limpios laureles
de su jornada.

Pero, al ver que se aleja
de nuestros días,
cantándonos sereno
la despedida,
formemos pronto
para pedirle el jugo
de sus retoños.

Que no nos lleve todas
las galas suyas,
que son esplendorosas,
grandes y muchas;
que de la raza,
nos deje para orgullo
trozos de su alma.

Marzo — 1907.

AYER

Para Sarandí del Yí, en cuyos archivos duermen mis primeras alegrías.

Suena una nota. El ambiente
leves contornos esfuma
y sube huyendo la bruma
por acción de soplo ardiente.
Surca una flecha potente
la extensión en rumbo vago,
deja estela, causa estrago,
el pie del cielo enrojece
y un día nuevo amanece
sembrando amores del pago.

Es que rodó por la altura
y salpicó la hondonada
una silvestre mirada
salida de la llanura.
Entre sus haces fulgura
un arrogante turbión,
que modela la impresión,
sobre la yerba tendida,
de una mente donde hay vida,
de un alma donde hay pasión.

Quiero, dijo, ese pedazo
de suelo verde y quebrado,

ese que trilló el ganado
al ver viborear mi lazo.
Quiero unir en un abrazo
esas sierras y esos ríos,
las auroras, los rocíos,
las taperas y cardales,
donde guardan sus anales
los vibrantes sueños míos.

Quiero esa tierra de azares,
la de las rojas verbenas,
esa que escondió mis penas
y que regó mis cantares.
Esa que en sus gramillares
sobre mi potro he corrido,
esa que templó el latido
de mi bordona doliente,
esa que clavó en mi frente
tanto recuerdo querido.

Quiero el espacio que abarca
la cuchilla y el estero,
ese que cruzó el matrero
como rey de la comarca.
Quiero grabarle la marca
que en mi hombruno pecho ruge,
quiero que en él se dibuje
todo el vigor de mi garra
y hacer mi choza bizarra
con el tesón de mi empuje.

Lentamente fue surgiendo
de esas ansias un centauro,
que vio coronar su lauro

con las dianas del estruendo.
Miró al porvenir sonriendo
y levantó soberano,
batido por el pampeano
aquilón del Sud-Oeste,
un pendón blanco y celeste
con el sol republicano.

....
....

Si acaso en hora enojosa
otra fibra nos espera
y esta sangre degenera
hasta una línea oprobiosa,
que esa águila majestuosa
torne a tender sus escalas
y que, inyectando sus galas,
enseñe otra vez su rol,
para volver hasta el sol
con el poder de sus alas.

ROJA

Recoge lento el lucero
su mirada brilladora,
sembrando luces la aurora
sobre flores del ceibal;
y balanceando el penacho
en las ramas oscilantes
suelta sus trinos vibrantes
un gallardo cardenal.

Roja copa de bellezas,
dice, batiendo las alas,
que das vida con tus galas
al montesino dosel,
deja que inspire mi canto
en tu silvestre frescura,
deja que saque pintura
de tu purpúreo broquel.

Deja que cuente a los aires
las prendas que da tu aliento,
deja que le entregue al viento
gratos secretos de ti,
deja que arranque un gorjeo
de tu encarnada capota,
deja que empape una nota
en tu nectáreo rubí.

Deja que beba cantares
en el raudal de tu brillo,

dale a mi timbre sencillo
coloridos de arrebol,
deja que con hidalguía
todos mis anhelos rinda
frente a tus hojas de guinda,
donde se abochorna el sol.

Deja que muestre mi queja
enredada en tus encantos,
deja que module cantos
nutridos con tu esplendor.
deja que, cortando espacio
ante tu faz purpurina,
te arroje la serpentina
de mi cariño mejor.

Calló el ave. Sus endechas
vagaron por la espesura,
como niebla de ternura
sobre campo de coral;
y rodando en el ramaje
con las flores enlazadas,
fueron fielmente guardadas
en el centro del ceibal.

Esa es la sangre del suelo,
que a la fauna y a la flora
galanamente decora
con su vívido color;
y que, en las horas tranquilas
de sonrosados albores,
entre cantos y entre flores
hace su rancho de amor.

ALBOR

Está el guapo mocetón
de sable y de lanza armado
gallardamente sentado
sobre alegre redomón,
está el guapo mocetón.

De pie, mirándolo fijo,
hay una mujer esbelta;
es una madre resuelta
que se despide del hijo,
de pie, mirándolo fijo.

Marcha, tu suelo te llama,
le dice, alzando la mano,
hay un mundo americano
que su libertad reclama;
marcha, tu suelo te llama.

Esa es la voz de tu ley;
yo no te puedo impedir
que vayas a combatir
contra el poder de mi rey.
Esa es la voz de tu ley.

Dueño del gigante ombú,
sacude la banderola,
que si yo nací española
oriental naciste tú,
dueño del gigante ombú.

La madre vive en el hijo
y el honor de éste es el de ella;
vete, mi amor es tu estrella
y tu bien, mi regocijo.
La madre vive en el hijo.

Que sea pendón tu golilla
y por él triunfes o mueras,
son las preces altaneras
de esta madre de Castilla;
que sea pendón tu golilla.

Adiós, ibérica púa
que llevas mi corazón,
adiós, huella del león
que pisó en tierra charrúa;
adiós, ibérica púa.

. . . .

Por su patria y por su honor
movió al caballo el doncel;
y en Las Piedras, Ismael
cargó con bizarro ardor,
por su patria y por su honor.

SOLOS DEL CAMPO

Yo soy la silvestre bruma
extendida en la colina,
como faja cristalina
que va derramando espuma,
yo soy la arrogante suma
de soñadas impresiones,
soy la lira de fogones
con cuerdas de agrestes hilos,
soy la que llora en estilos
y canta en los pericones.

Yo soy la ruda poetisa
de la tranquila espesura,
soy la que cantar procura
bajo luz de una sonrisa,
soy la musa que improvisa
con nutridos arsenales,
soy la que en medios rurales
halla el afán que le brota,
yo soy la bruñida nota
que arrojan los pajonales.

Yo soy la flor que se pierde
y que sola se deshoja,
soy la margarita roja
que salpica el campo verde;
yo soy la pena que muerde
sobre un recuerdo esculpido,

soy un arroyo crecido
por la pasión desbordada,
yo soy la sangre tirada
que viene a pedir olvido.

Yo soy la pureza franca
que se ostenta de relieve,
yo soy la gota de nieve
suspendida en la barranca,
soy la margarita blanca
que perfuma el arroyuelo,
soy el impulsivo anhelo
coronado en la victoria,
yo soy la nube de gloria
que Artigas puso en mi suelo.

Yo soy el glauco castillo
que en el monte se guarece
soy la savia que florece
dentro de un manto amarillo,
soy la flor del espinillo
que prodiga su agasajo,
soy la que tiembla en el gajo
para exhalar un tesoro,
yo soy la cachimba de oro
que brota con el trabajo.

Yo soy la tela de grana
que teje el agua a su lado,
yo soy el raso encarnado
con que el ceibo se engalana,
soy la corola sultana
que sus dominios explaya,

yo soy la vida que ensaya
su vigor contra reveses,
soy la lluvia de altiveces
que mojó el alma uruguaya.

Yo soy la flor que desea
viento movido y galano,
yo soy el clavel serrano
que en la cumbre balancea,
soy el sol que pestañea
sobre la entibiada loma,
soy alambique que toma
fragancias para lucirse,
yo soy la ley que al abrirse
llena los valles de aroma.

Yo soy la flor sin esencia
que saca su azul a flote,
soy la flor del camalote
que vive con indolencia,
soy la de pobre apariencia
que se hamaca en el abismo,
soy el celeste aforismo
que el ansia libre prefiere,
yo soy la carne que muere
cuando corre el patriotismo.

Yo soy el aire que encierra
todo el vapor desprendido,
yo soy el pasto crecido
con el sudor de la tierra,
yo soy espina de sierra
que su rastro colorea,

yo soy la inflamada tea
que sobre el campo palpita.
yo soy el pueblo que grita
cuando su bandera ondea.

ARRIBA

Flota risueño rumor
sobre la dormida frente
y se agolpan en torrente
fantasías de vapor.
Cruza un edén seductor,
deja una estela dorada;
esa es la vida soñada,
la más linda de las vidas,
tener las horas vestidas
con una nube rosada.

Reina mortal desaliento,
crecen dudas, fallan lazos
y van cayendo a pedazos
los gritos del sentimiento.
Rachas de empuje cruento
dejan la ruta quemada;
esa es la vida palpada,
la más dura de las vidas,
con las horas escondidas
entre yerba envenenada.

Si por terrible decreto
debe seguirse la senda
donde se tiene la ofrenda
del desengaño completo;
si no es posible el secreto
de que la vida es acerba,

por más que falte reserva
cuando a la mente se sube,
hay que mirar a la nube
aunque se pise en la yerba.

PARA PERICON

Caballero. — Mañanitas templadas
de primavera,
con extracto de rosas
y madreselvas,
sean la espuma
donde cruce la nave
de tu fortuna.

Señorita. — Horizontes perdidos
en lo infinito,
repletos de laureles
y regocijos,
sean la Pampa
donde la suerte sacie
tus esperanzas.

C. — Si tu oído pretende
notas gallardas,
trata de contentarlo
con la guitarra;
donde mi tierra
ha llenado de encantos
todas las cuerdas.

S. — Si tu gusto buscase
gratos sonidos,
muéstrale los lamentos
de los estilos;

donde se expande
la queja que en los campos
tiró un gigante.

C. —En las horas felices
que te deseo,
vayan entrelazadas
cosas del suelo;
y tengas siempre
flotando margaritas
sobre tu frente.

S. — En los días de lucha
que te señale
la suerte de la vida
con sus azares,
sean tus armas
el corazón y empuje
de nuestra raza.

C. — Cuando venga pintando
la madrugada,
que canten los zorzales
en tu ventana;
y que te muestren
las galas de mi cielo
blanco y celeste.

S. — Cuando caiga la tarde
sobre las lomas,
que un chingolo te anuncie
venir las sombras:
y que su canto
te dé amor por tu cielo
celeste y blanco.

C. — Si el rodar de las cosas
te lleva lejos,
apaga tus congojas
con los recuerdos;
que ellos refrescan
el cariño que tira
para la tierra.

S. — Si alguna vez pensaras
dejar el suelo,
donde tantos amores
forjó tu pecho
haz con tu pena
traje para enlutarte
hasta que vuelvas.

C. — Si ves una calandria
tejiendo amores
con esa filigrana
que le da el monte,
tírale risas,
que es mi pago que canta
sus alegrías.

S. — Si encuentras en los bajos
flores dormidas,
que cuando el sol las besa
resultan vivas,
busca su aroma,
que es la pasión regada
creciendo sola.

C. — Cuando pida la patria
que soñó Artigas

mi sangre y mi ventura
para su dicha,
no quiero lloros,
porque muero contento
si muero criollo.

S. — Cuando la patria mande
sacar tu vida,
yo bordaré una cinta
donde se diga.
Siendo por ella
no debe haber divisas,
solo bandera.

C. — Aunque haya escarcha en el agua,
pasaré el arroyo a nado
si usté me pide una flor
que esté sobre el otro lado.

S. — ¿Y qué iba usted a conseguir
gastando esa valentía?
que lo muerdan los capinchos
o hallar una pulmonía.

C. — Seguro que he de volver
a mi pago, no sé cuando;
pero, pasará algún tiempo
si hemos de seguir bailando.

S. — Siento que demore mucho
en dar la vuelta redonda;
por las dudas vaya pronto
que van a cerrar la fonda.

C. — Si me vé muy pensativo
y con facha de cobarde,
es que me tienen cautivo
los recuerdos de esta tarde.

S. — Para impedir que esa pena
lo lleve hasta suicidarse,
póngase en la frente ortiga
y se entretiene en rascarse.

C. — Donde haya rosal hay rosas,
donde haya fuego, hay calor,
y en el pasto que usté pise
queda brillando una flor.

S. — La tormenta da los rayos,
el manantial agua clara,
y en el suelo que usté pise
queda un pozo de una vara.

C. — Mi rancho bajo un ombú
parece un nido de hornero,
me gustaría no estar solo
cuando lo alumbra el lucero.

S. — Pues busque un perro que ladre
o un gallo que mueva el pico
o pida a la policía
que le mande algún milico.

C. — Aunque me tiene por vago,
cincho, si usted lo pidiera
que campiando una collera
ando a galope en el pago.

S.—Le dije que ni le miro
y debo largarle el resto:
que le pongan buen cabresto
y que lo lleven de tiro.

C.—Cuando el azul de la altura
tus ojos iluminaron,
las estrellas se inclinaron
para mirar tu hermosura.

S.—A tus potentes miradas
no hallarás quien se resista
si has podido a simple vista
ver las estrellas ladeadas.

C.—Con esos gestos risueños,
como arrullos de palomas,
sos la flor que siembra aromas
en el jardín de mis sueños.

S.—No te resulten extraños
tus triunfos si son pequeños;
cuando se siembra entre sueños
se recogen desengaños.

A MI EXCELENTE AMIGO, ATILIO SUPPARO

Después de haber leído sus valientes sonetos criollos.

Con mano guapa y segura
trazó su pincel lozano
cuadros de marco serrano
sobre tela hidalga pura.
Se mueven en la pintura
garras de tiempo esfumado;
y variando el decorado
con tintas blancas o rojas.
son sus sonetos coscojas
donde conversa el pasado.

Yo que entiendo ese lenguaje
pongo al pie de sus renglones
francas felicitaciones
por lo hermoso del paisaje.
Siga cantando al linaje,
como gloria lisonjera,
símbolo de amor que espera
recortarnos los harapos,
para que se hundan los trapos
y que suba una bandera.



SOBRE POSTALES

Al ruiseñor con todos los gorjeos
que su garganta musical encierra
prefiero las calandrias uruguayas
bordando los cantares de mi tierra.

* * *

Cuando se ha encendido el fuego
con astillas de pasión,
hasta las cenizas queman
si se revuelve el fogón.

* * *

Con desgracia o suerte plena,
es el paisano errabundo
taba que rueda serena
sobre la cancha del mundo.

* * *

Si el despertar es sonriente,
feliz quien lleve grabada
una eterna madrugada
sobre soñadora frente.

* * *

Yuyitos de bañado
son los deseos
que con poco rocío
crecen ligero.

* * *

Cuando al cruzar la vida
surjen barreras,
crece fiero el empuje
junto con ellas.
Y el que vacile. .
que pregunte a los gauchos
si hay imposibles.

* * *

Allí forjé mi sueño más dorado
bajo el aliento fresco del sauzal;
y hoy que cruzo el barullo del poblado.
llevo siempre, sentida con agrado,
una lozana flor de campo en el ojal.

* * *

Quiero un ensueño lleno de vida
puesto entre gotas del pajonal,
sobre la selva, virgen dormida
con los arrullos del cardenal.

* * *

Como clavel de sierra
son las venturas;
con aire se alimentan,
pero perfuman.

* * *

Como taba es la vida
que, en cualquier cancha,
rueda siempre girando
sobre esperanzas.

* * *

Gigante con empuje de pampero
encima del corcel,
luz en la mente, músculo de acero
y corazón de miel.

* * *

Busco el sentimiento humano
como corcel de vigor,
altivo, fuerte, serrano,
pero con freno galano
que le dé triunfo mejor.

* * *

La primavera manda
las golondrinas,
para sembrar los campos
de margaritas;
traje de gala
que usan al despertarse
nuestras lomadas.

* * *

Mis recuerdos son primas,
dentro del rancho;
y bordonas que lloran,
lejos del pago.

* * *

Son como algunas flores
las dichas todas,
que hasta después de muertas
tienen aroma.

* * *

Cruzar con muchos cuidados
el pago de los amores,
que los baqueanos mejores
suelen quedar enredados.

* * *

En el variable día
del alma humana,
son los primeros años
la madrugada;
feliz quien guarde
un pedazo de aurora
para la tarde.

* * *

Para que duren mucho,
viviendo frescos,
la planta y el cariño
precisan riego.

* * *

Andan las ilusiones
con poncho verde,
para indicar bien claro
que esperan siempre;
poncho liviano
que no ataja la lluvia
del desengaño.

* * *

Quiero una ilusión bordada
con un estilo vibrante,
por un hornero que cante
donde corra una cañada.

* * *

La pasión y el arroyo
bien se parecen
en seguir siempre el rumbo
de la corriente.

* * *

Entre flores de ceibos,
los cardenales
encrespan sus copetes
como corales.
Fuego con llama
es la sangre uruguaya
que se derrama.

* * *

Bate sus alas la gentil paloma
buscando los azahares que ha querido;
y no halla un árbol con bastante aroma
como el naranjo donde está su nido.

PARA PERICON

Caballero. — Paloma que andás saltando
entre ceibo y arrayán,
decime si en tus volidos
mirás a este gavilán.

Señorita. — Pajarraco volador
por tu vida estoy inquieta,
acercate hasta mi nido
que te espera una escopeta.

C. — Quise volar y no pude
por la fuerza del dolor,
cuando quebrastes mis alas
con los chumbos de tu amor.

S. — Si usted no me ha comprendido
debe ser muy maturrango,
piense que yo nunca gasto
cartuchos para chimango.

C. — Se apagó la luz del sol
y vino la noche triste,
que vuelva la madrugada
del amor que me tuviste.

S. — El cariño que olvidaste
lo venís a reclamar;
cuando el caballo es bellaco,
yo no lo vuelvo a enfrenar.

C. —En tu mirar soberano
está prendido este abrojo;
soy un perro con tramojo
que espera tu linda mano.

S. —Yo no te quiero atender
aunque vengas a llorar,
tengo miedo que al ladrar
puedas llegar a morder.

C. —El trinar de los cantores
pájaros de la mañana
es mi amor que se desgrana
sobre tu rancho de flores.

S. —Por más que pidas, no trago
la copa de tus licores;
ya has desgranado esas flores
en muchos ranchos del pago.

C. —Mi corazón, aunque lerdo,
espera lo que usted mande
y tiene un potrero grande
para guardar su recuerdo.

S. —Tenga el potrero por punto
para enterrar su deseo,
porque en mi sentir lo veo
con mucho olor a difunto.

C. —Por si lo pide algún día
la dignidad de este suelo,
con los colores del cielo
harás la divisa mía.

S. — Y que si caes, te suplico,
caigas como águila osada,
con la garra ensangrentada
y la divisa en el pico.

C. — Aquí te ofrezco un fogón
con leña de la campaña;
yo no tengo mala entraña,
pero soy muy mancarrón.

S. — Lo debo tener presente
aunque lo digas tan mal,
sos un chino muy bagual
para hablar donde haya gente.

C. — Con golilla de constancia
aquí me tenés rendido,
flor del monte que has nacido
para derramar fragancia.

S. — Si esta flor es el lucero
que te obliga a madrugar
prepará las de bailar
y hablá con el jardinero.

C. — Aunque soy gaucho matrero
que no se deja agarrar,
por si me querés robar
aquí estoy de cuerpo entero.

S. — Te juro por esa luz
que, al contemplar tu persona,
no me animo a ser ladrona
de semejante avestruz.

C. —Mucha caña reforzada
me ha visto siempre fortacho,
y ahora me encuentro borracho
con una sola mirada.

S. —Para que no le haga mal
esa miradita franca,
váyase a dormir la tranca
encima de un abrojal.

C. —Por sólo haberte querido,
decíme, ingrata, ¿hasta cuándo
me vas a tener cruzando
por la noche del olvido?

S. —Seguí la marcha empezada
sin pronunciar un reproche;
cuánto más larga es la noche,
más linda es la madrugada,

REVERDECIENDO

A LA SOCIEDAD CRIOLLA. — EN SUS BODAS DE PLATA. — 25 DE MAYO DE 1919.

Claveles del aire abiertos
con sus ondas perfumadas,
margaritas coloradas
pintando campos desiertos,
arazaes encubiertos
de aroma entre totorales,
penachos de pajonales
que los bañados blanquean
y ceibos que balancean
el rubor de sus corales.

Jilgueros sobre las ramas
golpeteando los sonidos,
horneros frente a los nidos
prodigando sus proclamas,
boyeros de agrestes famas
sembrando una melodía,
zorzales que al nuevo día
van sus trovas entregando
y calandrias entonando
la canción de la alegría.

Aleteos altaneros
de las águilas volando,
pumas que cruzan bramando

la humedad de los esteros,
toros henchidos de fueros
con mirar firme y rehacio,
moles que buscan despacio
la presa que están midiendo
y potros que van mordiendo
la libertad del espacio.

Un corazón enclavado
en las joyas del ambiente
destila el vapor surgente
del medio que lo ha forjado.
Lleva en su carne aferrado
el rastro leal del pampero,
toma con caudal entero
en las fieras la arrogancia
y en la selva la fragancia
de las flores del potrero.

Corazón que se levanta
con la fuerza del ensueño
para ser tranquilo dueño
de donde toca su planta.
en su fiebre se agiganta
con la luz de su desvelo
y, sombreando con el vuelo
las llanuras que despoja,
traza una rúbrica roja
sobre renglones del cielo.

Sube con ansias y llama
en las puertas del deseo
y su armonioso rasgueo
por el éter desparrama.

El firmamento embalsama,
con acordes de victoria,
salta una valla ilusoria,
rompe un eslabón aciago
y flota el alma del pago
entre corolas de gloria.

De ese corazón nutrido
por encantador arrullo,
como amor y como orgullo
aquí se guarda un latido.
Es aire puro escogido
que en el pecho se dilata
es una nube escarlata
que como aurora se expande
para presentarse grande
en estas bodas de plata.

Fue su vida un galardón
de regocijos sinceros,
con esfuerzos lisonjeros
entre brumas del fogón.
Puso al pie de su pendón
todo el oro de su banca
y prendió con mano franca
junto a las flores nativas
un ramo de siemprevivas
en la enseña azul y blanca.

Que recoja su botín
de hacer cívica fortuna,
con recuerdos de la cuna
que son matas de jardín.
Que su toque de clarín

hasta el fin del suelo vaya
y que, dentro de la raya,
tiemble con patrio coraje
el corazón del gauchaje
sobre la tierra uruguaya.

PROSAS
TRADICIONALISTAS

DISCURSO DE INAUGURACION DE LA "SOCIEDAD CRIOLLA"

Señores:

El coloso del mundo, la adelantada Europa, enriquecía valerosamente los siglos con el estrépito gigante de sus triunfos; y en medio de sus brillantes éxitos, embriagada quizás por el deslumbramiento de sus grandezas, ignoraba un poco más allá del otro lado de las muchas aguas, una faja de tierra robaba enormes superficies a las inmensidades de los mares y que, cual romántica matrona reclinada muellemente de polo a polo, vivía feliz en su soledad, cultivando los aromas de su flora exhuberante, y sosteniendo entre sus bosques y montañas seres dichosos, en los que palpitaban arrogantes, las cosas grandes y las cosas chicas del caprichoso corazón humano.

Un día llegó en que la Europa conoció a la América, y en su febril delirio de dominarlo todo, el viejo continente disculpado con el sutil derecho de la superioridad, según criterio propio mandó sus hombres a poblar el nuevo, disputando pasto a pasto y a bala contra flecha el legítimo hogar de los americanos.

Venció la civilización; el quejido postrero de la raza cobriza fue apagado por las dianas de los victoriosos, y la raza blanca, al levantar sus estandartes sobre la tierra conquistada, ocupó, entre otros, el pedacito del Sud que está escondido entre el Atlántico y la corriente del Uruguay.

Pasaron los días, transcurrieron los años, y la naturaleza de aquel clima, obrando sobre la descendencia de los ejemplares importados, le imprimió el sello de atributos nuevos y fijos, constituyendo así un tipo local que, con el traje de gaucho, lo hemos visto varonil e ingenioso, dominando las dificultades del medio, el mismo que hemos observado derrochando inteligencia para suplir su ignorancia, aquel que, con la vincha en la cabeza y el brazo arremangado, blandió su lanza en las cuchillas para traernos en las puntas de su media luna la patria nuestra con cadenas rotas.

Ese gaucho, ese paisano sin ilustración, es la raza uruguaya.

Los que lo encuentren chico, los que tengan rubor de haber nacido donde grita el chajá, que escupan su bandera y vayan a llorar su desventura entre el bullicio de los mundos grandes; pero los que sentimos el cariño del suelo, los que sabemos encontrar poesía en montes de espinillos y en ranchos con ombú, tenemos el derecho de admirar en toda su esbeltez la obra inteligente de una naturaleza generosa, y rompiendo con infantiles temores de que los méritos personales lleguen a resentirse por preferir lo nuestro a lo extranjero, podemos con la frente levantada, acercarnos, al modelo sencillo de la raza propia, de ese hombre de los campos que, lleno de afecciones, ha crecido en medio de asperezas y zozobras, enredadas con cantos de calandria y con flores de ceibo.

No se achica el que conserva positivos entusiasmos por las cosas de su tierra; no se empequeñece el que, dentro del pago mira hacia atrás, para halagar su vista con cuadros legendarios de titanes, no vale menos el que al través de las centuplicadas hipocresías

con que nos manejamos en la incesante lucha de los hombres, sabe guardar intacta una lozana siempreviva, para adornar con ella la historia de los suyos.

Bajo esa convicción y en la seguridad de obedecer a un sentimiento grande, juremos hoy aceptar los colores de la patria, sesgados por la diagonal de Artigas, como simbólico compromiso de sostener con entusiasta resolución nuestras viriles costumbres nacionales.

("La Tribuna Popular", Montevideo, 4 de setiembre de 1894.)

ELLOS Y NOSOTROS

Constituye un signo de pésimo criterio hacer alarde de méritos, positivos o imaginarios, para levantarse a la cumbre de las jerarquías sociales, y desde allí tratar a todo el mundo con aire protector, sin más facultades que las otorgadas por el vértigo de la vanidad y los humos del orgullo.

Pero también es notoriamente ilógico obedecer de una manera ciega a la exagerada modestia de empequeñecerse siempre, llegando al extremo de concederlo todo, para que no se vislumbre, en las palabras o en las acciones, la más reducida silueta de censurable pretensión o de refinada pedantería. La humanidad en su avalancha egoísta duda de las recomendaciones descubiertas y acepta los inventados defectos, llevándose por delante al hombre que se achica demasiado.

Es en el justo término medio donde está la verdad; y el correcto equilibrio resalta palpitante en las serenas impulsiones del amor propio que prodigando respetos a los demás, pide con grito altanero la estimación de sí mismo.

Dóciles a esa voz y en nombre de la dignidad lastimada tenemos el derecho de exhibir nuestras prendas, para defendernos con energía de los golpes alevosos que nos dirigen incógnitos adversarios, cómodamente guarecidos en las chismosas conversaciones de café o disfrazados con la careta del anónimo en las hospitalarias columnas de los diarios muy accesibles.

Nos han tildado de retrógrados, enemigos evidentes del mejoramiento continuo que simboliza el progreso; nos han acusado de restauradores perjudiciales de un gaucho que no existe, y en último desahogo nos regalan, como calumnia de *barrio* sospechoso, el título de compadres.

Descarguémonos. El progreso no es una palabra sin sentido, destinada únicamente a auxiliar el énfasis con que quieran pavonearse los envenenados por la fatuidad. El verdadero progreso consiste en el perfeccionamiento de las cosas o de las ideas pasando con enormes ventajas de lo malo a lo bueno o de lo bueno a lo mejor. Sobre esta base, estudiemos la conducta de ellos y la nuestra.

Este país, poblado por familias europeas, produjo un día su raza propia, que por tendencias y con hechos resolvió cortar para siempre el cordón umbilical que lo retenía unido a la madre del viejo continente. Siguió su desarrollo, y al ir creciendo se fueron acentuando los caracteres de organismo independiente, con algo suyo, cada vez más pronunciado y cada día más definido. Esa marcha continuará de una manera incesante; y la aspiración del engrandecimiento tiene como punto de partida. sean cuales fueren las diversas rutas de sus manifestaciones, la convicción consolidada de que poseemos atributos suficientes para levantarnos, en medio de las demás naciones, con toda la majestad de un pueblo libre.

Lo natural ha sido que en la evolutiva separación haya aumentado gradualmente el colorido localista de la reciente nacionalidad. Los países son como los hombres. En su infancia se dejan sugestionar por las opiniones que escuchan y todas sus ideas son prestadas; en la juventud aparecen algunos juicios con tinte personal y se rectifican en parte los conceptos

ajenos; y cuando llega la virilidad confirmada, se siente verdadera vergüenza en seguir, como testaferro, las inclinaciones que no respondan a un convencimiento individual.

Nuestra tierra, que ya no es un pueblo niño, exige a sus hijos el justo homenaje de pensar con cerebro uruguayo, para sustituir por una entusiasta adoración nacional la indiferencia con que valoran nuestras cosas los malos orientales que, en un instante de imperdonable extravío, son capaces de pedir que se baje la bandera celeste y blanca para reemplazarla por cualquiera de las que flamean más allá del Atlántico.

Nosotros, los que tenemos ya constituido el sentimiento de la nacionalidad; nosotros, los que consideramos que no es un derecho exclusivo de Italia, de Francia o de Inglaterra tener costumbres propias; nosotros, los que queremos la independencia absoluta en la satisfacción de las inclinaciones, así como la hemos alcanzado en la extensión territorial; nosotros los que, sonriéndonos de los estacionarios, sabemos separarnos de las ideas embutidas con abuso de la irreflexión, y no titubeamos para comprobar con hechos las seguras convicciones recogidas en los altares levantados a la libertad del pensamiento, estamos más adelante que los apegados eternamente a la extraña teoría de que lo malo del vecino es superior a lo bueno de casa.

Ellos, que con los ojos cerrados admiten como óptimo todo lo que pueda pertenecer al extranjero; ellos, que sin la más insignificante apreciación, condenan los trajes nacionales para someterse en forma pacífica al yugo de las modas europeas, por la única razón de que han venido; ellos, que todavía no se han apartado de las preocupaciones que podrían atenderse en

la época del virreinato o de la República Cisplatina, pero que no se conciben setenta años después de 1825; ellos, que aún desean prolongar la esclavitud, sosteniéndola en las trivialidades de la ropa y en la corriente fatal de los gustos, están como orientales mucho más atrás que nosotros.

Luego, si hay retrógrados, no son seguramente los que, encontrándose con los caracteres de ciudadano más acentuados, entran de lleno al terreno en que se colocan los habitantes de esa París culta, donde se hace una religión del amor a la patria y donde se enseña a los recién nacidos que el último tamango de Francia es preferible a todas las grandezas de Berlín.

El progreso no se mide por la ropa con que se pasea en las calles aristocráticas. Si entrásemos al estudio de los hombres viejos y los hombres nuevos, valorados por la resultante de sus aptitudes morales y de sus sentimientos generosos, tal vez encontrásemos a nuestra época marchando con cuerpo de cangrejo.

Se dice que hemos restaurado con graves perjuicios un gaucho que no existe. Como exterioridad, nada desaparece mientras la convención, de pocos o de muchos, resuelva sostener el uso; y como entidad, podemos admitir, sin miedo de réplica fundada, que seríamos muy felices, que efectuaríamos un indiscutible progreso, si pudiéramos traer a los días contemporáneos el alma bien tallada del antiguo uruguayo, que tenía su palabra por documento y por Dios su deber, para encarnarla en una generación modificada, donde los papeles ya no obligan, y donde se llenan de feligreses los templos erigidos a la inmoralidad y al egoísmo.

Somos también compadres. Este calificativo puede ser denigrante en dos sentidos: significando la pér-

dida del hábito del trabajo para pasar la vida en bacanal orgía, o representando el repugnante alarde de grandes méritos para provocar quijotescamente la cólera de los demás.

Ni de una ni de otra manera nos cae ese sayo. Pueden ponérselo aquellos que, sin ocupación conocida y con pocos escrúpulos, hacen vida feliz, aristocrática o plebeya, a expensas de la confianza de sus acreedores o de los beneficios alcanzados en las ruletas populacheras o en los garitos de los clubes, y los que, embriagados por la persuación de pertenecer a castas distinguidas, no les alçanza un siglo para hacer conocer las cien vanidades que manifiestan en cada segundo.

En la defensa va una divisa: Cariño nacional y democracia. Los que no la acepten, los que se hayan equivocado al ingresar a la Sociedad Criolla, están en tiempo de retirarse con todos los honores de una atenciosa despedida. Los que quedemos, los que experimentemos cada día el aumento de la seguridad con que han crecido nuestras opiniones, los que sepamos desdeñar las sofísticas explotaciones que de nuestros gustos hacen, en la impunidad de la ausencia, algunos infelices que ambicionan darse títulos de superioridad escalando sobre nuestros cadáveres, podremos siempre levantar con orgullo el programa de nuestra campaña, concretándolo en estas palabras: La civilización, que no ha legislado todavía sobre gustos nacionales, no puede prohibir en el Uruguay lo que consiente en todo el Universo.

Elías Regules.

Marzo 17 de 1895.

("Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales". Año I. Número 3. Montevideo, 5 de abril de 1895 Págs. 36 y 37.)

DISCURSO DEL PRIMER ANIVERSARIO DE LA "SOCIEDAD CRIOLLA"

Hace hoy un año. Los gratos recuerdos de las horas amenas, encontradas bajo la bizarra arboleda de Piedras Blancas, estimulaban vivamente la fibra nacional de los concurrentes al paseo que acababa de celebrarse: y teniendo por bandera el dignísimo propósito de ofrecer un tributo a sus afecciones uruguayas, treinta y tres compañeros, reunidos en el escenario del Pabellón Podestá-Scotti, daban por fundada la Sociedad Criolla.

El tiempo ha transcurrido, y los hechos han demostrado que aquella idea no rodó silenciosa a llorar su desgracia en el vacío. Voces opuestas, impulsadas por añejos errores, no han podido quebrantar la convicción fundada de los que se sienten vivir entre nítidas vinculaciones con las lomas y bajos y arroyos y sierras, que forman el pintoresco cuadro bordeado por el Uruguay, el Océano y el Plata.

La sorpresa de la novedad pudo engendrar reproches; pero el examen tranquilo de todo lo que se escondía detrás de cuatro detalles, intrínsecamente indiferentes, no tendrá nunca media palabra de protesta para los que sostienen el derecho de querer a su tierra con la misma amplitud que se concede a los demás habitantes del globo.

O el amor patrio es una mentira, inventada por el hombre culto para explotar la sangre de las comunidades ignorantes, o tienen razón los que, en su nom-

bre, pretenden cultivar las tradiciones históricas de un pueblo, para combatir, en el alcance de sus fuerzas, una desconsoladora época de indiferentismo nacional. Se han censurado con acierto las exageraciones patrioteras de los cantores románticos, que posponían los discretos consejos del sentido práctico a las enfermizas combinaciones de una imaginación desenfrenada; pero este error no da base para llevar la reacción hasta el borde del extremo contrario, donde sólo tropieza la mirada con el frío polar de la negación afectiva.

Los adelantos de los hombres llegarán a modificar incesantemente los múltiples recursos de que se disponga para vencer las dificultades de la vida, y cambiarán las ideas con vertiginosa reforma, acelerando de una manera eléctrica la marcha progresiva del enriquecimiento intelectual; pero no podrán nunca llevar su acción hasta el vedado campo del sentimiento humano. Para esto no hay convenciones ni descubrimientos; hay organización preparada y efectos fatales Matarlo por completo, negar su realidad, es arrancarle al hombre todo lo que tiene de feliz, para convertirlo en una estatua de mármol, a que sólo pide comodidades y bajezas.

Se desentona, pues, cuando se invoca el perfeccionamiento para encontrar detestable el aprecio del suelo. Si esa argumentación se dirigiera a las prendas de vestir que, en la insaciable fiebre de la variación inmotivada, han sufrido las metamórfosis más inconcebibles, se les podría contestar a sus sostenedores: No es la materialidad tangible de la forma lo que se busca en este traje. En las ampulosidades de esta tela y en el sonido de estas rodajas van envueltas remi-

niscencias placenteras, que son hermosas porque son sentidas y que son grandes porque son nuestras.

....
....

Ha pasado ya un año. Ante tu aniversario me inclino satisfecho y te presento el homenaje de mis más íntimas emociones. Tú no eres sólo un recuerdo; eres también una esperanza. ¡Qué el porvenir te abrace con cariño!

Elías Regules.

("Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales". Año I, Nº 7. Montevideo, 5 de junio de 1895. Pág. 100.)

POR QUE CANTE A MI TAPERA

En las proximidades de aquel arroyo corrieron mis primeras impresiones. Naturaleza con vigores primitivos, marco agreste, verdad de la vida palpitando en la sensación y horizonte de rosa con aleteos de ventura dominaron el cerebro virgen, para consolidar un trono inconmovible, donde reina una huella indeleble y descollante.

Siguió su viaje el tiempo. Trasladado a la capital de la República, regresaba en las vacaciones al paraje de cuna, siempre invariable, siempre galano, siempre atrayente, hasta un especial día que resolvió mi permanencia en sitio lejano y en ambiente distinto.

Pasaron diez años. Médico y cabeza de casa, vuelvo a la localidad, por pocos días. Anhelo visitar el sitio donde estuvo mi rancho y un paisano amigo me hace saber que nada ha quedado: que sólo hay cardos.

—No importa, le contesto. Deseo ir. quiero ver la tierra y el pasto. Me acompaña y cruzando el Paso de la Yeguada pisamos el terreno solitario que en otras horas tuvo población y movimiento.

Bajé del caballo. Recorrí varias veces lo que había sido escenario de mis días infantiles, y no obstante la mudez del momento, se atropellaron en mi fuero íntimo las fosforescencia de un pasado plácido, que tomó color y aumentó en fragancia con las evocaciones del instante.

La estancia, la población, sus contornos, el campo, los hombres varoniles, las haciendas, las marcas, las señales, la doma, la yerra, la esquila, la madrugada con toque de trabajo y de alegría, la marcha del sol apuntando faenas, la tarde, perdedoras de luces, con el recogimiento, acomodo, fogón y referencias que quedan clausuradas, por orden del descanso, hasta un nuevo concierto con cantos de gallos.

La pulpería, la reja, la ramada, la concurrencia, las carreras, las riñas, los naipes, la policía, los casamientos, los bautismos, las prendas de lujo y el chisporroteo de una mentalidad, sin cultivo pero grande, evidenciando la alta potencia de la sangre que dejaron los castellanos sobre el suelo de América.

Mis padres, sus caricias, sus cuidados, mis amigos niños, mi nodriza, mis juegos, mis travesuras y mis amigos hombres que se recreaban en enseñarme y en pedirme versos regionales, bajando de su edad para entretenerme unos minutos con las relaciones de Regulito.

El aroma del recuerdo iba adquiriendo tonalidad triste. No lo quería amargo y resolví marcharme. Invité al compañero y salimos.

Silenciosos, descendíamos por una ladera, cuando el paisano rompió el mutismo con esta manifestación:

—"La verdá, doctor, es que cuando uno ha vivido algunos años en una parte, y se va, y dispués de mucho tiempo pega la güelta, y no haya nada, y se pone a pensar en lo que allí vido y le agradó, a uno se le hace como un ñudo en la garganta."

. . . .

. . . .

Volví a Montevideo y volqué toda el alma en los renglones de "Mi Tapera".

Elías Regules.

(Suplemento del "Diario del Plata", Montevideo, 28 de diciembre de 1924.)



FIN